

DONDE VIVEN LAS NANAS

Abraham Zurita

Donde viven las nanas
Colección Barrancas

© del texto, Abraham Zurita.
© de la edición, Cerro Ediciones, 2024
Cerro Navia, Chile.

Edición y diseño: Melina Guzmán

Primera edición: septiembre, 2024
Versión digital
Corporación de Inclusión Social,
de la Ilustre Municipalidad de Cerro Navia
Cerro Ediciones

1a ed. Cerro Navia - Chile Cerro Ediciones, 2024.
[98 p.] col. 14 cm x 20 cm. Colección Barrancas.

DONDE VIVEN LAS NANAS

Abraham Zurita



Corporación de
Inclusión Social



Para Sonia, Rosa, Isabel y Purísima

Nicolás Torres

Sentí el viento helado en mi cara. Miré hacia arriba y vi el cielo celeste y unos jirones de nubes. No había nada que obstruyera mi visión. Adiós cables, adiós latas de zinc, adiós pizarreños. Ahí estaba yo en lo más alto de la torre de tensión con la clara idea de tirarme de cabeza. Sé que es difícil de explicar, pero no deseaba suicidarme, solo deseaba lanzarme al vacío.

Minutos antes bebía cerveza a los pies de la torre con mis amigos, el Mono y el Cecilio. Era joven, y como todo joven, atravesaba un mal momento en mi vida. De partida estaba el lío de mi polola y su mamá. Margarita me quería, de eso estoy seguro, pero su mamá siempre se opuso a lo nuestro. Siempre decía que no había futuro para mí, que perdería su juventud con alguien como yo. Era curioso porque esas mismas palabras me dedicaba mi padre; y ese era el segundo tema que rondaba en mi cabeza aquella tarde. En esos años no teníamos mucho que hacer, así que conversar de nuestros problemas y otras cosas que nos preocupaban era parte de pasar el rato.

Bebía cerveza a grandes sorbos intentando llegar lo más pronto posible esa barrera en que los ojos se vuelven pequeños y un leve mareo sacude la cabeza, todo para olvidar las palabras que sonaban en mi cabeza como fracaso, futuro o inútil. Estos términos se hicieron frecuentes una vez que acabé el colegio. En un momento dejé de escuchar a mis amigos y miré el par de animitas de los que alguna vez se atrevieron a saltar.

Me voy a tirar, les dije. Recién me comenzaron a creer cuando estaba a cinco metros sobre ellos. La cerveza no había afectado en nada mi motricidad, parecía un gato trepando con rapidez aquella torre que había visto toda la vida desde mi ventana.

La primera vez que escalé ese armazón de acero y cables era un adolescente que estaba a punto de repetir octavo básico. Le temía mucho a la reacción de mis padres con esa noticia. Por esos años, puede ser por la juventud o por la ignorancia, el suicidio se veía como una opción lógica y sencilla para escapar de los problemas. Era muy fácil pensar en abandonar todo y entregarse. Pero como buen suicida solo fantaseaba con eso, jamás lo iba a hacer, de eso estaba seguro. Además, un tío evangélico me había dicho que los suicidas no entran al paraíso y son condenados al infierno.

Pero ahora estaba decidido y en quince minutos ya estaba en la punta de la torre. Veía a mis amigos gritando algo, pero el viento no me permitía escuchar. Procuré no acercarme a los cables, no quería morir electrocutado. Tomé con fuerza el acero y contemplé a toda la población, incluso mucho más allá. En Cerro Navia las únicas construcciones en altura eran los blocks o la copa de agua. Tenía una vista privilegiada, todo parecía un gran tablero de ajedrez seco y amarillento, pocos árboles se divisaban desde las alturas, solo techos oscuros y pasajes, muchos pasajes angostos y sin pavimentar.

De repente, la base de la torre comenzó a llenarse de gente. En pocos minutos ya cubrían gran parte del parque y de la avenida principal. Carabineros desvió el tráfico y formó un perímetro de seguridad. Abajo estaban

mis padres, mis hermanos y Margarita gritándome que no saltara. Mientras el mundo se organizaba bajo mis pies, yo miraba como el sol se ocultaba por la cordillera de la costa, una luz anaranjada y cálida cubría todo el horizonte y los últimos rayos del sol me tocaban solo a mí. Perdí las ganas de lanzarme. Me aferré con fuerza y contemplé sin pestañear el ocaso del día. Cuando se extinguió la luz, decidí bajarme. Los carabineros me introdujeron al furgón y afuera escuchaba las pifias de los vecinos por el aburrido desenlace del espectáculo.

Mi papá me sacó de la cuarenta y cinco, pidió disculpas a los carabineros y nos subimos a la camioneta. No abrió la boca durante todo el trayecto. Al llegar a la casa, apagó la radio y pronunció, sin mirarme, una pregunta que, a pesar de los años, aún resuena en mi cabeza: ¿Qué quieres de la vida, Nico?

Después de lo sucedido en la torre, es decir, de mi segundo montaje de suicidio, me refugié en mi pieza. No podía salir a la calle y soportar la mirada curiosa o burlesca de mis vecinos. Margarita no quería verme, me dijo que se avergonzaba de mi show. Mi padre no me habló en semanas, pero tampoco es que lo viera con demasiada frecuencia. La feria le demandaba tiempo, se levantaba mucho antes del alba para comprar las mejores frutas y verduras. La que siempre estuvo conmigo fue mi madre, ella tendía puente entre mi padre y yo. Mi madre era una mujer pequeña, de apariencia frágil y de gran humildad. Era el contrapeso al carácter dominante y exitista de mi padre. Los amaba a ambos, los amo aún. Aunque son muy distintos el uno del otro. No sé si mi mamá es feliz al lado de alguien como mi

padre, alguien de carácter temperamental y dotes de dictador. El perfecto hombre proveedor que se mataba trabajando y esperaba de sus hijos lo mismo. Parece que no fueses hijo mío, me dijo en una oportunidad y mi mamá le volteó el rostro de una cachetada. Mi padre no podía entender mi escaso compromiso con los estudios y con el trabajo. La enseñanza media la terminé sufriendo. Me gradué bien entrado los 18 años y después de eso nada. No había hecho nada. Intentó que le ayudara en la feria, pero no lograba levantarme de la cama a esas horas de la madrugada. Yo andaba por ahí, sin un propósito en la vida. No sé si alguien a esa edad tiene una hoja de ruta ya definida de lo que hará en su futuro. Yo nunca tuve nada claro y eso entristecía a mi papá. Él se construyó a sí mismo, a punta de esfuerzo y trabajo. Yo veía la desilusión en su rostro cada vez que me miraba. Recuerdo su perfil mirando el infinito cuando me preguntó qué quería de la vida. Y en ese momento no sabía.

* * *

Todo comenzó con un muro. De la noche a la mañana, el terreno abandonado donde antes había funcionado una antigua panadería amaneció cerrado por planchas de madera, colocadas una tras de otra sin armonía visual. Mi padre nos contó algo que había escuchado de una casera de la feria; esa persona tenía un familiar que trabajaba en la Municipalidad y le había dicho que construirían un supermercado. La muni ya había dado la autorización y la obra partiría dentro de poco tiempo.

Aquella fue la primera vez que lo observé preocupado por algo. En ese tiempo no lograba entender qué podría alterar a mi padre, que siempre había sido optimista y decidido. Noté una cierta lentitud en la manera en que pronunciaba las palabras, como si dudara de cada cosa que salía de su boca, como si decir las las convertiría en algo tangible, en algo real. El lunes no hubo asado ni liga de fútbol de feria. Esa semana mi padre tuvo muchas reuniones con los feriantes. Llegaba tarde y con su mente puesta en otro lugar, más distante y frío.

Yo en cambio había salido de mi escondite de la vergüenza y paseaba por las calles holgazaneando con mis amigos. El “Nico Torres” me apodaron, recordándome mis frustrados intentos de suicidio. Mi madre me preguntó si quería hacer un preuniversitario, que ella me lo pagaba, que solo debía preocuparme de estudiar para entrar a la universidad y postular a una beca, que al menos había que intentarlo, la vida sin esfuerzo no era vida. Mis padres pensaban que todo debía ser trabajo, sacrificio, explotarse para lograr algo, en cambio yo no lograba descifrar que quería la vida de nosotros.

El Mono nos contó que en la madrugada habían echado abajo el muro que cerraba el terreno baldío donde se pondría el supermercado y una familia se había instalado. Como no teníamos nada que hacer, fuimos a ver qué estaba pasando. Al llegar, observamos una bandera chilena en lo más alto de un palo que sobresalía del techo de la casucha. Era una toma. Hace años que no había tomas de terreno en una población que nació de ellas. Los vecinos desmemoriados miraban la casucha como si un platillo volador se hubiera

posado en mitad del terreno. Ayudamos a una pareja que intentaba levantar un tablero para armar otra casucha. Los niños jugaban con un perro mientras los adultos armaban lo que sería su casa. El campamento duró poquísimo tiempo. Escuchamos la sirena cuando los carabineros ya ingresaban al terreno, y con guanaco y zorrillo desarmaron en pocos minutos lo que la gente había construido. Los papás les cubrían la boca a los niños para que no inhalaran el gas lacrimógeno. Algo me dolió desde ese día. Y aún me duele.

Le conté a mi familia lo que había visto en la mañana. Mi padre notó que algo se había instalado en mí. Salimos al patio a conversar mientras mi mamá terminaba de lavar la loza. Mis hermanos, cada uno en su pieza. Estaba solo con mi padre. No recordaba hace cuánto que no estábamos así. Encendió un cigarrillo a la luz de la Luna, que aquella noche tenía un círculo que la rodeaba. Me preguntó cómo estaba, si tenía ganas de subirme a la torre. Me comentó que le gustaba mi nuevo apellido, “Nico Torres”, son pesados los *hueones*, dijo riendo. Hace días que no lo veía reír. Sin que yo le preguntara, empezó a hablar del supermercado que se instalaría. Tenía fecha de inauguración para dentro de ocho meses. Todos los feriantes estaban muy preocupados por la amenaza que representaba para sus puestos. Era imposible competir con aquel monstruo. Los coleros también estaban asustados, fue un grupo de ellos los que se tomaron el terreno con la idea de frenar la construcción. Pero ya sabes que los pacos siempre están con ellos, me dijo. Mi madre nos invitó a entrar, está muy helado se pueden resfriar, dijo con cariño. Al pasar a su lado me acarició

la oreja de la misma manera que lo hacía cuando yo era pequeño y me refugiaba junto a ella para ver televisión. Me pidió que acompañara a mi padre a una reunión con los feriantes y almaceneros.

El día de la reunión me instalé en un rincón para no molestar, solo estaba ahí para escuchar.

—Nos cagaron los pacos —dijo don Antonio, el viejo amigo de mi papá.

—Ese supermercado se construirá sí o sí —dijo don Víctor, el dueño de un pequeño almacén de abarrotes ubicado frente a la construcción—. Nosotros no podemos hacer nada. ¿Qué quieren, que todos nos vayamos a vivir dentro del terreno? ¿Y que las máquinas entren y los pacos nos saquen a palos con cabros chicos?

—Es verdad que la construcción del supermercado va, pusieron el tremendo letrero ahí en el Puente Resbalón —dijo mi padre y me miró avergonzado—. Sin embargo, podemos boicotear poco a poco la construcción. Por las noches pinchamos las ruedas de las máquinas y robarnos las herramientas...

—¿Ganarles por cansancio? —interrumpió don Antonio.

—No creo que detengan la construcción, pero sí podemos ganar tiempo. ¿Y qué tal si ponemos a gente a trabajar ahí? —y mi padre me miró directo a los ojos.

Al finalizar la reunión todos estaban un poco más radiantes. Nadie preguntó para qué necesitaban más tiempo.

De vuelta a casa, otra vez en silencio, como aquella vez que me sacó de la comisaría. Pero esta vez esperaba

que él me dijera algo. Necesitaba que me lo pidiera. Detuvo el motor del auto. Afuera hacía frío, el vidrio se empañó y dibujé una cara feliz en la ventana del copiloto. Siempre hacías eso cuando eras chico, comentó, y antes que continuara hablando le dije que sí, que contara conmigo. No le diríamos a mi madre ni a mis hermanos para no preocuparlos. Me dijo que sería divertido y así también lo pensé.

Cuando comenzaron a llegar las máquinas, los feriantes ya tenían a varios familiares trabajando en la obra, Cecilio, el Mono y yo entre ellos. Por primera vez mi padre me había confiado una tarea exclusivamente a mí. No quería defraudarlo y quería mostrarles a todos que era capaz de empezar y terminar un proyecto. Fui yo quien prendió fuego a las máquinas por las noches. Me convertí en alguien respetado entre los otros boicoteadores.

El trabajo de los infiltrados dio resultado cuando desde la constructora llamaron alertando sobre la preocupante demora en la construcción. Los incendios nocturnos en la bodega de herramientas y la quema de una grúa fueron el detonante para que carabineros se hiciera partícipe y se comprometieran a resguardar el orden. No encontraron pruebas para culpar a alguien. Y con la fuerza policial previniendo cualquier desmán, la construcción avanzó con rapidez y en pocos meses recuperaron el tiempo perdido. Con mis amigos dejamos de trabajar, una mañana no nos presentamos, no era la primera vez que abandonamos un trabajo. La lucha la daríamos en otro frente.

Los actos de rechazo por el nuevo supermercado, por parte de los feriantes y comerciantes del sector, se

repetieron durante todo tiempo que duró la construcción. Una mañana de abril junto a un grupo de jóvenes pintábamos con letras grandes en las panderetas que protegían la obra: “No los necesitamos”. Cuando remarcaba la letra C, un grupo de hombres y mujeres nos golpearon y nos quitaron las pinturas. Nos peleamos contra los defensores de la construcción. La pintura se derramaba en la vereda mientras yo golpeaba a un muchacho flaco que tiraba las latas de pinturas contra el rayado. Dos mujeres se peleaban también y cuando una comenzó a sangrar por la boca escuchamos la sirena de carabineros, la pelea se detuvo y todos huimos.

Con este hecho de violencia mutua, nos dimos cuenta de que ahora contábamos con otros enemigos. Los mismos que habían sido nuestros vecinos ahora comenzaron a luchar contra nosotros. Estos abogaban por los beneficios —innegable para la población— que significaba tener un supermercado en el sector, donde se pudiera comprar de todo, pagar cuentas, sacar dinero. Además de los puestos de trabajo que esto podría generar. Este grupo en silencio crecía y se hacía más numeroso. En la feria, a la salida de los colegios, los domingos en la cancha, en todos lados se discutía la importancia y los beneficios que traería. La gente preferiría comprar allá, era obvio que les convenía, pero a nosotros no.

La obra terminó de construirse dentro de los plazos. La comunidad esperaba expectante la inauguración. La semana previa se repartieron folletos, se colgaron pendones en los postes de luz, incluso un avión sobrevoló el cielo lanzando cupones con descuentos

en diferentes productos. Mañana y tarde se paseaba la camioneta anunciando, la pronta apertura del primer supermercado de la comuna, en los mismos parlantes que antes se invitaba al circo.

Cuando llegó el día de la inauguración, desde temprano fue acercándose gente de todas las poblaciones. Familias enteras. Todos lucían sus mejores ropas, peinados y las caras bien limpias. Las promotoras paseaban con sus vestidos cortos entregando cupones de descuentos. Promotores musculosos entregaban globos y flores. Hubo un espectáculo de payasos y un show bailable de dos ex participantes de un reality. Un centenar de gente rodeaba el acceso principal y se apretujaban contra la reja. El grupo de feriantes se acercó al espectáculo para ver la cara de cerca del enemigo y también para aceptar la derrota. Las caseras y caseros de siempre no los abandonarían, pero también entendían la necesidad de la gente de sentir que tenían alguna comodidad en su comuna postergada por tantos años.

Esperamos que esto sea mejor para todos —dijo mi papá, mientras contemplaba cómo se abrían las rejas blancas del supermercado y la gente corría presurosa para comprar los televisores con 60% de descuento que decía el afiche. Grandes adhesivos de métodos de pagos destacaban en las paredes vidriadas. Promotoras sentadas bajo un toldo anotaban en sus computadores los datos de las personas que solicitaban la tarjeta de crédito del supermercado. Con aprobación inmediata se escuchaba repetir una y otra vez a cada persona que se acercaba.

Y en ese momento me sentí fracasado. Tenía 20 años y ya había fallado en todo. A mi madre que siempre me

incentivó a estudiar, a mi padre que me encomendó la tarea de frenar la construcción, pero ¿quién puede detener el avance del progreso transnacional? Y no esperé más, fui al auto y saqué un bidón con la idea fija: quemarme a lo bonzo.

Adentro la gente se peleaba a golpes por tomar las cajas de televisores o las bicicletas. Los guardias comenzaron a separarlos, uno de ellos fue golpeado en el rostro y otros guardias se metieron repartiendo golpes. Un grupo de hombres respondieron a la violencia de los guardias. Los cajeros miraban asustados mientras registraban los productos de los primeros compradores. Una turba de jóvenes corrió por el pasillo de los licores y pasaron raudos sin pagar por la caja. No había guardias y nadie pudo detenerlos. Las cajeras asustadas abandonaron sus puestos de trabajo y comenzó el saqueo. La gente llenó los carros con lo que encontraron. Los guardias sangraban y nada pudieron hacer para detener a las hordas. No me percaté cuando el grupo me arrebató el bidón y me dieron las gracias con un “buena, hermano”. Las promotoras guardaron los computadores en sus mochilas, daba igual el supermercado ya tenían centenares de tarjetas de créditos aprobadas y listas para usar en cualquier sucursal. La gente comenzó a salir con carros repletos de mercadería, un guardia ensangrentado intentó cerrar el acceso, al rato desistió y se sentó en la cuneta. Me senté a su lado a mirar las primeras llamas que iluminaban el lugar. A lo lejos vi una mano que me saludaba, era Margarita quien me sonreía. En ese momento, entre las llamas que tocaban el cielo, decidí que no me quería morir, no ahora por lo menos.

Florescia

—¿Por qué mi papá es así? —preguntó Florescia frente al espejo dando los toques finales al peinado.

—¿Así? ¿Así cómo? —dijo su madre, aunque sabía a qué se refería. Ella lo conocía. Se casaron hace diez años y llevaban dos separados. Siempre fue impulsivo y exagerado. Quería comerse al mundo antes de que lo masticaran a él. Pero en el último tiempo todo había empeorado.

—Así *po'*, mamá. Siempre anda apurado, corriendo de aquí para allá y a veces sus ojos me dan miedo. No me gusta verlo cuando está así.

El silencio de la madre les permitió escuchar el motor de un auto que se acercaba. La mujer se asomó a la ventana, pero el auto pasó veloz por la avenida.

—¿No es él, cierto? —preguntó la niña.

—No, pero ya debe estar por llegar. Anda a hacer pipí, no te vayan a dar ganas de ir al baño por el camino.

La niña orinó, cepilló sus dientes y le robó dos pufs de perfume a su madre. Se miró en el espejo, acomodó por última vez su peinado y se dijo a sí misma “qué linda”. Escuchó los bocinazos y se asomó por la misma ventana en la que llevaba más de una hora esperando. Vio a su madre caminando hacia el auto.

—*Hueón*, la niña pensó que no ibas a venir. Otra vez.

—Putá, disculpa. Me salió un tema y no pude venir antes —dijo el padre sin muchas ganas de excusarse.

—Te han salido hartos temas porque hace dos meses que no vienes a verla. Si no es porque no tengo con

quien dejarla, ni cagando te la paso. Esto es por una emergencia de la pega. Llévala derechito para donde tu mamá, ya hablé con ella. Me dijo que la iba a esperar con almuerzo. No la llesves al persa que ahí comen puras porquerías.

El hombre, que hace rato había dejado de escuchar, miraba para las esquinas de la calle, meneando la cabeza como si viera un partido de tenis, sus pies golpeaban repetidamente el asfalto y la voz de la mujer acallaba el castañar de sus dientes.

—¿Estai' probando otra vez? Te caché, hueón —dijo la mujer tapándose los ojos con las palmas de las manos.

—No pasa nada— dijo el hombre— y no te metai en mis hueas. Nosotros hace rato que no somos nada.

—Pero eris el papá de mi hija po', hueón. ¿Crees que es muy lindo para ella tener un papá así?

—¿Así cómo? —preguntó el padre.

Florencia interrumpió la conversación, apareciendo con un vestido morado que combinaba con su piel morena y un tomate que terminaba en largas trenzas coronando su cabeza.

—Hola Flo —le dijo su padre acariciando su pelo— Qué grande estás. Qué lindo tu vestido morado.

Es púrpura.

La niña no supo qué más decir. Para ella su padre poco a poco se había transformado casi en un desconocido. La veía, en el mejor de los casos, una vez al mes y los recuerdos de una temprana edad juntos se iban desvaneciendo a medida que pasaba el tiempo. Ya no sabía qué conversar con él.

Cuando se habían alejado de la casa materna, el hombre detuvo el auto y le dijo:

—Ya, pásate para acá adelante, que te vas a ir allá atrás si no soy taxi yo *po'*.

Florencia se desabrochó de mala gana el cinturón y se pasó al asiento del copiloto.

—Mi mamá dice que es peligroso. Tengo que ir en una silla. Hay sillas para todas las edades y para todo tipo de carros.

—¿Carros? Que eres chistosa. ¿Por qué hablas así? Vamos a comprar una silla. ¿Qué edad tienes tú? Nueve, ¿verdad?

—Tengo ocho. Cumplí ocho el mes pasado, dijo la niña.

Tenía la edad suficiente para saber que su papá no le compraría la silla. Otra de sus innumerables promesas incumplidas. Recordó la Barbie, el unicornio, el Nintendo y ahora la silla. ¿En algún momento dejará de prometer cosas?

—¿Cómo te ha ido en el colegio, hija? ¿Te gusta algún niño? ¿Tienes hambre? ¿Me echaste de menos? —lanzó una pregunta tras otra, sin esperar respuesta— ¿Tienes hambre? Ya iremos donde tu abuela, pero antes acompáñame a buscar algo donde unos amigos. Nos demoraremos poquito, ni diez minutos. ¿Sabes contar? ¿Tienes reloj? Bueno, mira, cuenta hasta mil y vuelvo.

Estacionó el auto al borde del sitio baldío que los niños ocupaban como cancha. Lo ubicó bajo el único árbol que aún mantenía sus hojas. Los pasajes del Montijo estaban desiertos y el sol arriba no daba espacio para deambular por las empolvadas calles. Todos se

refugiaban del calor como podían. Sacó las llaves del auto y miró a Florencia.

—Hijita, usted me espera acá. Yo vuelvo altiro. Acuérdate de contar hasta mil, yo vuelvo antes de eso. Te lo prometo.

Miró la nariz de la hija y reconoció el mismo sudor de él.

—Sécate la nariz, hija, tienes burbujas de sudor.

—Tú igual— le dijo ella.

—Vuelvo altiro y vamos a comer donde la abuela. ¿O prefieres ir al persa? A la vuelta me dices. Vuelvo altiro.

Florencia observó cómo saludaba a una pareja de hombres que estaban sentados a la sombra de un toldo mal instalado y se perdían por los pasajes. Contó tres veces hasta mil, aunque sabía que las otras dos veces estaba de más. Contó para olvidar el hambre. Contó para espantar el miedo. Contó.

Hay un hombre solo en la Luna

Es el año mil novecientos sesenta y nueve, estamos en Barrancas de visita en la casa del Tío-cerdo. Es gordo, rosado y grasiento, un frondoso bigote negro oculta su boca. Le va bien en su trabajo, alimenta a su familia y a la nuestra. Mi papá no trabaja “la cosa está mala” lo escuchamos decir, siempre lo escuchamos decir eso.

Tío-cerdo come y come. Estoy con mi primo Gabriel bajo la mesa. Miramos como mueve sus pezuñas de felicidad con cada mascada. El Tío-cerdo bebe vino, chorrea por la comisura del labio, sus bigotes aceitosos brillan. Eructa y toca su panza. Está satisfecho, ahora podemos comer nosotros. Tía-cerda grita que nos sentemos. Me ubico en el extremo de la mesa. Estiro mi brazo y tomo un trozo de pan. Mi papá me da una palmada en la nuca y hundo mi frente en el plato de encebollado. Aprendo que eso no se hace. Gabriel ríe y veo en su boca el pan a medio mascar. Es moreno, yo soy moreno, los negros curiche nos dicen en la escuela. Las moscas vuelan sobre la mesa, mi papá toma vino y afuera ladra un perro tiñoso.

Entra mi mamá acompañada de su hermana, la Tía-cerda. Traen una olla tiznada con estofado de pescado. Las papas están blanditas y el pescado deshecho. Me trago una espina, mi papá me golpea la espalda, mi mamá me abre la boca y deja caer una cucharada de aceite. “Muy bien así pasará la espina”, aprueba el Tío-cerdo. Mi mamá no lo mira, le cuesta levantar la vista. Le da vergüenza visitar muy seguido a su cuñado.

Tío-cerdo quiere harto a mi papá, son amigos y familia, dicen ellos. Cuando vamos al Trapiche compra helados y lleva costillar para todos. Pero a mí no me quiere. “En qué anda el par de *hueones*” nos dice siempre a Gabriel y a mí. No le gustan los hombres, además mi primo nació cuando ya se había cerrado la fábrica, eso dice Tía-cerda. Fue el último en nacer y el único hombre. Yo soy también el único hombre en mi familia. Mi papá siempre dice que hombre no soy, que soy un maricón.

Escuchamos risas lejanas. Son mis hermanas y primas. “Y ustedes ¿dónde andaban?”, les pregunta mi madre. “Apuesto que andaban hueviando con los *hueones* de al lado”, dice la Tía-cerda. Se sientan en la mesa, pero no hay espacio para tantos, con mi primo nos tenemos que parar.

Me suda la nariz, hace calor y las moscas zumban alrededor nuestro. Abro mis brazos y aplaudo en el aire, siento una protuberancia y el zumbido ya no está. Me limpio en el pantalón. Mi primo saca un pan de su bolsillo, lo parte y me da la mitad. Salimos a la calle y nos sentamos en la vereda. Gabriel me dice que escuchó en la radio que el hombre llegó a la Luna. Que se pudo ver en la tele, pero nadie tiene tele. Le pregunto si el hombre se quedó a vivir allá. Me dice que parece que sí, o que deben estar preparando todo para que nos vamos a vivir a la Luna. Nos recostamos en la vereda a mirar el cielo.

Al interior de la casa se escuchan risas. Mi papá está curado, pero simpático. Lo prefiero así, borracho y feliz. Hoy no tengo miedo, en casa de Tío-cerdo nos sentimos seguros. Nos mandan a comprar vino. Tío-cerdo busca dinero en su bolsillo y no lo encuentra. Su bille-

tera también está vacía. Llama a Gabriel y le pregunta por la plata. Silencio. Le da un golpe a mi primo y lo lanza contra la mesa. Botellas y vasos al suelo. Todos ríen y mi primo sangra.

* * *

Gabriel es como mi hermano, nos queremos mucho. Le saca plata a todo el mundo, menos a mi papá que nunca tiene. Compramos pan que es lo único que nos gusta. Es vivaracho para robar, pero en todo lo demás es tonto, “el pavo” le dicen mis hermanas. No va al colegio, pero aprendió a leer y le gustan los libros de vaqueros que mi papá tiene en su cajonera. Gabriel es como un ratón. Tiene dos paletas grandes, los ojos pequeños y su pelo es negrísimo. Siempre tiene barro en los pies y los brazos sucios, además le suda la nariz y respira por la boca. Somos de la misma edad. Tiene una pequeña cicatriz en la pera, de aquella vez que Tío-cerdo lo empujó.

Los Tíos-cerdos antes de ser cerdos eran personas. Una vez los vi acostados en la cama, desnudos y sudados. Un amasijo de grasa y humedad. Él posaba su guata rosada y peluda sobre la espalda de ella y con sus brazos rechonchos tocaba sus tetas grandes como dos globos. Era verano y estaba hedionda la pieza. Una mosca se paró en el marco de la puerta, la reventé con mi palma, ellos no se dieron cuenta y siguieron en eso. Yo solo había visto a los cerdos hacer eso. Mis tíos ya no eran personas, se transformaron en los Tíos-cerdos.

Gabriel le roba dinero a Tío-cerdo. Mientras el ani-

mal duerme siesta, le saca un billete del pantalón. Compramos dos panes y mortadela, lo comemos atrás de la iglesia, donde los cabros grandes juegan una pichanga. A veces nos invitan, pero somos chicos y flacos, no le pegamos fuerte a la pelota ni tampoco echamos cuerpo, igual algunas veces hago goles, casi siempre de laucherero. Nos devoramos el pan, tenemos hambre, siempre tenemos hambre. Gabriel me apunta un perro muerto en el basural que rodea la cancha. Desprende mal olor y gusanos blancos salen de su boca y sus ojos. Recogemos unas varillas y se las enterramos en el cuerpo, aparecen miles de larvas. El perro es negro, un perro negro y esclavo, con la varilla simulo un látigo y le grito “trabaja, trabaja esclavo”. La madera se entierra en su carne putrefacta y el olor nos irrita la boca. “¡Ya para!, no *seai*’ malo”, dice mi primo. A veces hago cosas así.

Es de día, pero la Luna igual se ve. No brilla como en las noches, pero se ve. Nos cubrimos los ojos con nuestras manos, tratando de oscurecer al mundo e intentamos ver al hombre en la Luna. Gabriel me dice que solo alcanza a ver la nave y un poco la bandera, pero no ve al hombre. “Debe ser porque estamos lejos”, me dice.

El día se torna amarillo y luego rosado. Es el sol que se esconde por detrás de los cerros. Nos comemos el último pan. Nos despedimos. Gabriel se va corriendo para su casa. Lo veo desaparecer por el pasaje donde arman las últimas casuchas del campamento. Llegaron hace poco y se están tomando los terrenos. La Tía-cerda le dijo a mi papá que puede meterlo para que le toque algo, que debemos irnos de esa pieza y tener nuestra *cosita*. Cuando dijo *cosita* me imaginé algo tierno y dulce.

En la pieza está sola mi mamá, la abrazo y ella me acaricia la oreja haciendo una pinza con sus dedos. Me manda a lavar las manos. En el tambor juego que mis manos son submarinos peleando contra pulpos gigantes. Ahora mis manos están limpias. Llegan mis hermanas: María Eugenia, María Teresa y María Soledad, las tres siempre juntas, con sus vestidos gastados y el pelo mal cortado. Nos sentamos a tomar once, una taza de té, pan y causeo de tomate con cebolla. Mi papá llegará pronto. Comemos rápido y en silencio. Escuchamos al perro ladrar y él reírse. Otra vez curado. Levantamos la mesa y nos acostamos. No queremos provocarlo.

“Ya venís *curao*” dice mi madre. Pregunta por mí, me tapo la cabeza y cierro los ojos. “Así que robando” lo escucho decir, y siento los golpes de su zapato sobre mi cuerpo, son cuatro zapatazos que me dejan colorada la piel. Me duele, lloro calladito. Tío-cerdo me acusó que le robamos. Pienso en los golpes que Tío-cerdo le estará dando a Gabriel. Me duermo y sueño que un perro me persigue, no puedo correr, me alcanza y muerde mi mano, le doy un golpe fuerte en su cabeza, cae al suelo y le doy un golpe tras otro, se transforma en una masa de sangre y huesos, lo golpeo hasta que escucho la voz de otra mujer que es mi mamá. Me detengo. “Mira que hiciste”, dice. Me entrega un saco blanco y echamos los restos del animal. Huesos y carne. Me despierto.

* * *

Es sábado, no hay clases. Mi papá ronca y la pieza huele a vino. Mis hermanas duermen muy juntas en

la cama que comparten. A veces me dejan dormir con ellas, pero como todavía me hago pichi me castigan. Mi cama es una caja de herramientas que está los pies de la cama de mis papás. Es dura, pero pongo harta ropa hasta que se ablande. Me lavo la cara e intento peinar mi pelo. Desayuno un trozo de pan con el cau-seo que quedó de anoche.

En la calle me encuentro a Gabriel con una herida en la ceja. “Vamos al río a tirarle piedra a los guarenes”, me invita. El río Mapocho está sucio como siempre, del otro lado, entre las matas y la basura, los ratones se mueven libres y sin apuro. Agarramos piedras grandes y jugamos a quién le achunta a más guarenes. Al primer piedrazo los ratones arrancan desesperados, algunos caen al agua. Vemos gente recogiendo cosas entre la basura, nos retan y dicen que paremos el *hueveo*, que les podemos romper la cabeza. “No es mi problema”, les digo y nos vamos.

* * *

Tía-cerda tiene otro hombre. Gabriel la vio conversando con un señor de terno y bigote. “De esos elegantes”, me dijo. Se fueron juntos caminando hacia la villa. Gabriel la siguió hasta que se metieron en una casa, esperó un poco, abrió la reja de madera y se asomó por la ventana. El señor de bigotes besaba a Tía-cerda mientras la tocaba por debajo de la enagua. Ella apretaba el cuerpo contra el señor. Gabriel le contó lo que vio al Tío-cerdo. Tío-cerdo le dio un combo, le dijo que no mintiera. Se sirvió un vaso

de vino y luego otro. La Tía-cerda no llegó a casa. Tío-cerdo se dio cuenta que no volvería más.

Gabriel llega a nuestra pieza, tiene la boca hinchada y un diente partido por la mitad. Nos cuenta llorando lo que pasó. A Tía-cerda nadie la ha visto. María Eugenia, la mayor de mis hermanas, le prepara desayuno. Mi madre nos dice que cuidemos a nuestro primo, ella averiguará dónde está Tía-cerda.

Vamos a La Hondonada a buscar cachureos para distraernos. Montones de basura rellenan los canales por donde antes corría agua, ahora solo queda basura y tierra. Gabriel dice que así debe ser la Luna. Seca y polvorienta, pero con mucho espacio para todos. Yo pienso en lo aburrido que debe estar ese hombre allá arriba. María Elena, mi hermana pequeña, encuentra una muñeca sin ojos. La limpia con saliva y la guarda en su bolsa. Alguien dice que encontraron el cuerpo de un hombre en el río. Tomamos a María Elena de sus brazos y los tres corremos por las calles levantando polvo. Hay un montón de mirones, los pacos aún no llegan. El cuerpo está arrugado, no tiene ojos y le faltan trozos del brazo que parece mordido por un perro. Escuchamos la sirena de los carabineros y todos los mirones nos alejamos. María Elena llora porque perdió su muñeca sin ojos en la multitud.

Mi madre trajo noticias de Tía-cerda. Ella no volverá. “Se empotó con ese señor. Se fueron para Codegua. Allá el caballero tiene una parcela. Mi hermana siempre fue enamoradiza e impulsiva, pero dejar tanto cabro chico, es mucho encuentro yo”, dice mi mamá mientras nosotros la escuchamos sin entender.

Tío-cerdo despierta una mañana y se ve solo, inmensamente solo. Aún borracho toma un cuchillo y lo clava en su estómago. La grasa traga lentamente la hoja mientras un hilo de sangre corre por el mango. Mis primos despiertan con el grito de dolor, corren por la calle a pedir ayuda, un vecino lo lleva a la posta. Tío-cerdo vivirá, el cuchillo no tocó ningún órgano. Ser Tío-cerdo lo salvó.

Mi mamá dice que ella cuidará de mis primas. Porque “no está bien que las niñas se queden solas con un hombre viejo”. Mi papá no quiere porque no tenemos para comer. Mi mamá le dice que entonces trabaje que ya está bueno de comerle los pulmones a Tío-cerdo. Gabriel se queda solo con Tío-cerdo. Yo voy a veces a verlo, la casa huele a vino, lo reconozco porque es el mismo olor que tiene mi papá. Tío-cerdo se cura. Tío-cerdo escucha tangos. Tío-cerdo llora. Ya no va a trabajar. Manda a pedir fiado al almacén de la señora Lala o a vender las cosas a la feria. Vende la carretilla, las herramientas y la ropa de tía-cerda.

* * *

Ya no vamos a la casa de Tío-cerdo. “No tenemos nada que hacer ahí”, dice mi mamá. Ahora vivimos en el campamento. Mi mamá se inscribió en el comité. Tenemos dos piezas. Mi papá las armó con tablas y latas que le regalaron en su trabajo. Tengo una cama en el suelo que comparto con María Elena. Gabriel a veces se queda y duerme con nosotros. Me gusta que esté con nosotros.

Esta noche la Luna es como un plato blanco trizado a punto de quebrarse. Brilla imponente en el cielo,

podemos ver nuestros rostros en plena noche. Hoy no hay velas ni pies en el barro. Acompaño a Gabriel a su casa. No quiere estar solo con Tío-cerdo. Entramos y Tío-cerdo está en el sillón escuchando tango y tomando vino. Está más flaco y su bigote ya no brilla, cuelga como las ramas de un sauce gris. Nos mira un rato largo. Nos mira con odio. “Trajiste a tu lacho ¿Ese maricón es tu lacho?”. Yo me pongo rojo de vergüenza. Se para y toma la correa que cuelga de la silla. “¿Por qué no te quedai aquí? ¿Qué tenis que andar durmiendo en otras casas, *hueón?*”. Le da un correazo en la espalda a Gabriel. “Eris como tu mamá, también me vas a dejar solo”. Da otro correazo. Mi primo se queja, hecho un ovillo en el piso. Otro correazo. Casi puedo sentir la hebilla quemando su piel. Ya no quiero estar aquí. No quiero ver más. Tomo una botella con restos de tinto y de un salto la quebró en la cabeza de Tío-cerdo. Cae al suelo, al costado de mi primo, se queda llorando y llamando a Tía-cerda. Ayudo a Gabriel a levantarse y nos vamos corriendo. Creo que no volveré más a esta casa. Nos tiramos en la vereda a descansar. Mi primo me dice que le gustaría irse a la Luna, que le gustaría irse como su mamá. Levantamos la cabeza y vemos flotar la esfera sobre nosotros. Cerramos un poco los ojos, tratamos de enfocar en la inmensidad, y entonces lo vemos: al hombre en la Luna. Da unos saltos largos que demoran en caer al suelo. Da pena verlo tan solo.

La llamada

La casa huele a cera, Lucía le ordena a Miguel limpiarse los pies. El niño obedece a su madre y limpia la suela del zapato en el felpudo café. Deja su mochila en el sillón, Lucía lo reta y le recuerda que no están en su casa, están en una casa que jamás podrá ser de ellos. Miguel recorre los pasillos que parecen no tener fin. Puertas en ambos lados, una mesita con un adorno floral y fotos decorando las paredes. Entra a la habitación del niño. Respira el olor a limpio del lugar. Toma un avión Airfix a medio terminar y su boca emite un sonido de motor mientras recorre una habitación que no es suya. De abajo del clóset saca unas cajas con rompecabezas, duda entre el mapa de Chile y un paisaje en África. Se decide por el mapa. Ya lo ha armado en otras oportunidades, pero le gusta descubrir lugares nuevos. Esta vez le llama la atención la figura del milodón, en la ilustración aparece al interior de una cueva, también fija sus ojos negros sobre la mina de Chuquicamata, que, juntando dos piezas del rompecabezas, parece un hoyo que llega al centro de la tierra.

Lucía organiza su día. No sabe bien por dónde comenzar. Se decide por el dormitorio de las adolescentes, que siempre es el más ordenado. En las paredes destacan dos afiches grandes de Soda Stereo. Las niñas son fanáticas. La más pequeña le contó que cuando sea grande se casará con uno de ellos. Estira las cobijas de la cama, recoge los peluches, los pone en su lugar y sacude con un plumero las cómodas. En el dormitorio

matrimonial solo necesita cambiar sábanas. En la habitación del niño tiene más trabajo: recoger juguetes, hacer la cama y sacudir. Le pide ayuda a Miguel que termina de poner las últimas piezas del rompecabezas.

Miran juntos televisión abrazados en el sillón del living, por el ventanal que da al patio se ve la lluvia caer. Las baldosas se transforman en un espejo que refleja el verde de los arbustos. Un bonito paisaje —piensan ambos— y continúan mirando el programa, interrumpido por un llamado telefónico.

—¿Aló? —contesta Lucía, que siempre ha tenido vergüenza al hablar por teléfono.

—Hola Lucía, soy Marisol, oye negrita puedes cocinar unos porotos que dejé remojando anoche. Están arriba del refrigerador ¿los ves?

—Sí señora, acá los veo —contesta Lucía estirando al máximo el espiral del aparato.

—Ya, por favor, los niños llegarán más tarde, tienen una actividad en el colegio, para que los esperes con el almuerzo listo.

Lucía siente la punzada en el estómago que siempre le propician los nervios. No sabe cocinar muy bien y nunca ha cocinado porotos. Odia la cocina. Esta aversión no fue impedimento para trabajar en aquella casa. En un comienzo solo sería hacer aseo un par de días. La antigua empleada era la que cocinaba, pero ya era vieja y no podía realizar todas las tareas del hogar. Cuando murió le pidieron a Lucía si podía ir a tiempo completo. El trabajo es cerca y le permite llevar al niño cuando no tiene clases. Sabe muy bien que debe cuidar ese trabajo.

Busca en el librero del living un recetario, solo hay colecciones de Ercilla y libros de *Érase una vez la Tierra*. Piensa en llamar a la señora Marisol para que le explique cómo hacer las legumbres. Después de un rato desiste, la señora es secretaria de una empresa importante y puede estar ocupada. Con el teléfono en mano, recuerda el único número que tiene anotado en su agenda: el de la casa donde trabaja su hermana. Gira la rueda de discado, escucha la voz de Elena y corta.

Hace meses que están enojadas. Desde el incidente solo se han visto en una oportunidad. Su madre ha intentado ser intermediaria para mejorar la relación entre sus hijas. La reunión familiar no funcionó. Elena dijo algo, Lucía le respondió y se pelearon otra vez.

Reúne los ingredientes sobre el mueble de granito de la cocina. Solo sabe que los porotos llevan tallarines. Saca un paquete de la despensa donde la familia guarda las compras del mes. Hay aceite, fideos, arroz, tarros de jurel, legumbres. En esta casa nadie pasa hambre, acá hay futuro, piensa. Los patrones planifican el futuro como algo obvio, como algo garantizado. En cambio, Lucía se conforma con no pasar hambre y no aparecer muerta a la orilla del río. Tiene los porotos remojados y el paquete de tallarines en la mano, pero no sabe cómo continuar.

Toma nuevamente el teléfono y llama a Elena. Corta. Afuera la lluvia cae iracunda, con la amenaza de inundar todo el patio. El perro mira desde su casucha como el agua sube poco a poco. Piensa en su hogar, en la pieza de madera que arrienda ¿se estaría a punto de inundar también? Mira a Miguel que lee un libro

de Ercilla, siente el calor de la estufa que sofoca. Acá estamos bien, piensa. Marca por segunda vez.

—Aló, ¿aló?, ¿quién es? ¿aló? Por qué no se deja de molestar, no ve que estoy ocupada— dice Elena.

—Soy yo Lucía, necesito que me ayudes —contesta de golpe antes de arrepentirse.

El padre las envió a trabajar a las casas de señoras que necesitaban ayuda para mantener un hogar. A ellas no les gustaba este trabajo, sus sueños eran otros. Lucía quería ser profesora, le gustaba eso de enseñar a otros. Miraba con idolatría a su profesora, aunque no encontraba correcto que les tirara el pelo o golpeará con la regla de madera a quienes se portaban mal. Solo los papás pueden golpear a sus hijos, nadie más, pensaba a sus adentros. Elena, en cambio, deseaba ser cocinera, desde niña se metía a la cocina a ayudar a su mamá. De pequeñas comenzaron a montar una escuelita en los terrenos barrocos del patio que compartían varias familias. Lucía las oficiaba de profesora y al terminar la clase Elena les daba la comida a los niños que asistían, que no era otra cosa que manzana picada y un trozo de pan. Ellas eran felices jugando y soñando.

—Lo primero que tienes que hacer es remojar los porotos —explica Elena.

—La señora Marisol ya los dejó remojando anoche.

—Ya, ahora ponlos a cocer durante una hora y vas viendo cuando estén blandos. ¿Estás con Miguelito?

—Sí, acá está viendo tele.

—Tú sabes que lo quiero ¿verdad?

Lucía recuerda aquella tarde en que Elena notó que

algo se movía bajo su vientre. Le preguntó si estaba embarazada. Lucía le contó que tenía cinco meses y que le daba miedo contarle a los demás. El papá no existe o no quiere existir. Elena le dijo que no importaba, que ella la apoyaba, que todo saldría bien.

—Ahora debes hacer el sofrito —dice Elena—. Me imagino que sabes. Pica la cebolla en cuadritos pequeños, lo fríes un poco hasta que esté blanca y latiguda, luego le pones la sal, el ajo y lo dejas un ratito al fuego.

—Ya, eso haré —dice Lucía con el teléfono durmiendo en su cuello y cortando cebollas que hacen llorar sus ojos. Al otro lado escucha la respiración nasal de su hermana.

Elena vendía dulces a la salida del colegio. Sus patrones se fueron al sur y la dejaron sin trabajo. El dinero era escaso, pero más lo que ganaba Aldo, su marido, les alcanzaba para vivir mes a mes. Ella escondía el dinero en el fondo del cajón del ropero, bajo su ropa interior. En el mismo lugar guardaba la plata que mes a mes le pasaba su marido. Él prefería entregársela antes de tomársela. En una oportunidad desapareció parte del dinero, no pudieron pagar el arriendo. El marido la acusó de malgastar la plata en huevadas y la golpeó. Mientras recibía los golpes, intentaba recordar en qué había gastado el dinero.

Para el cumpleaños de Aldo, Elena preparó una torta de bizcocho manjar durazno e invitó a algunos vecinos y familiares. Luego de cantar el cumpleaños feliz, Elena fue a buscar el regalo que le compró a su marido, se sorprendió al ver intruseando en el ropero a Miguel. El niño se congeló al ver a su tía y se largó a llorar y gritar. ¿Por qué me haces esto, Miguelito? Elena le contó a Lucía que su hijo le estaba robando. Lucía la

acusó de mentirosa. “Te gastas la plata en puras cosas para comer”, le dijo. La familia y vecinos se miraron y comenzaron a retirarse.

—Ahora debes mezclar el sofrito con los porotos e ir revolviendo, también le echas el zapallo y tienes que esperar que el zapallo esté blando.

—Yo sabía que Miguel te robaba —dice Lucía—. Sabía que era verdad lo que me dijiste para el cumpleaños, pero no quería que todos pensarán que él era un ladrón, tú sabes cómo es la gente.

—Me gané una buena discusión esa noche —dice Elena, recordando a Aldo acusándola de no cuidar la plata—. Anda mirando que los porotos no se pasen— Me quiso pegar, pero yo tenía tanta rabia que no aguanté y le pegué una patada en el ojo y le dejé marcada la uña en su cara. Se quedó calladito y se durmió ahí a los pies de la cama, al otro día me habló como si nada.

—Discúlpame

—No te preocupes si a las finales fue para mejor— responde Elena— ahora parte un paquete de tallarines y le echas la mitad y revuelves.

—Gracias, no tenía a quién llamar— dice Lucía y cuelga el teléfono.

Mira la olla con los porotos hirviendo, el olor a legumbre invade la cocina. Miguel juega en la pieza. Afuera los rayos del sol se filtran por entre las nubes negras. Ya no llueve y el perro asoma su cabeza de la casucha. Lucía llama a su hijo para que almuerce en la cocina antes de que lleguen los niños. Miguel esconde dos piezas del rompecabezas en el bolsillo y corre donde su madre.

La vuelta de Santiago

Aprieto el manubrio con fuerza. Estoy tenso. En esta etapa debo relajarme. La meta está cerca. Un pedaleo más, solo uno. La rueda delantera tiembla, pierdo el control del manubrio ¿un bache?, qué locura me dijeron que la pista estaba limpia. Pedaleo con furia los últimos metros ¿son los últimos? Veo las luces de la meta. El sudor empapa mi ropa. Paso cambio, quiero que las pedaleadas sean más livianas. Debo guardar energía, ya solo me conduce la inercia. Voy solo, ya todo quedó atrás. Pienso en papá ¿me recordará? Tengo callos en las manos. El plato gira e impulsa las ruedas que se mueven rozando el asfalto. Suelto el manubrio, ahora sin manos. Pedaleo unos metros así. Me vuelvo a enfocar, no debo relajarme. Meses preparándome, no puedo fallar. Todos están pendientes de mí. Vamos, no aflojes ahora, sigue pedaleando, queda poco, me digo en voz alta.

* * *

Los patrones le dijeron a mi mamá que estaba invitado al cumpleaños de Tomás, pero que solo podía jugar en la cocina y que me darían torta y dulces, me remarcaron que no saliera al patio con los otros niños. Vi desde la ventana como abrían los regalos. Me maravilló la bicicleta verde mini chopper que en su asiento tenía una rosa gigante y unas cintas azules colgaban del manubrio. En esa bicicleta aprendí a andar. No me costó nada, en una tarde ya la dominaba. Mi mamá me afirmaba el asiento

y me empujaba con fuerza. Solo me caí un par de veces, pero no me ganó el miedo, soy valiente. Practicaba cuando mi mamá cuidaba la casa en verano. Era nuestro secreto. La sacaba al patio y el perro jugaba a perseguirme mientras daba vueltas en círculo.

* * *

Miro hacia atrás y veo acercarse a los otros corredores, veo sus luces que quieren alcanzarme. La pista está oscura. Manejamos hacia el abismo. Una boca de lobo nos espera. Los reconocimientos de pista los hice de día ¿por qué no de noche? Qué tontería, ahora ya es tarde. Muevo la palanca de cambio y la bicicleta cruje. No debo hacerlo sobre la marcha, me lo advirtieron. Pongo el cambio más pesado. La bicicleta ahora parece pesar kilos, mis piernas lo sienten, pero avanzo rápido, muy rápido. Las luces van quedando atrás otra vez, sin embargo, la meta se aleja ¡Qué diablos! Deben ser los nervios. Vamos, tranquilízate, recuerda la carga que llevas sobre tus hombros. Todos esperan mucho de mí. Pienso en mi mamá, aburrida de trabajar tanto. Un triunfo cambiará todo. El viento me corta la cara. Soy el más rápido, soy el más rápido.

* * *

Los días de verano eran todos iguales: nos levantábamos al medio día y almorzábamos, veíamos dibujos animados o nos manguereábamos para luego tumbarnos en las veredas calientes por el Sol. El juego de la tarde consistía en hacer carreras de bicicleta a lo largo

del pasaje. Yo no tenía bicicleta, pero jugaba de todas formas. A veces era el mecánico que arreglaba las ruedas malas de los competidores. Otras, me ofrecía para ser la meta de la competencia. Me ubicaba junto al árbol de tronco grueso, simulando ser el otro lado del poste. Ahí enrollaba unas cintas de casetes en mis piernas y anunciaba al ganador. Los veía pasar rápido por la meta y yo me sentía partícipe de esos juegos, pero nunca fui un actor principal, siempre un secundario.

* * *

La curva la tomo como viene, ni freno ni bajo la velocidad. Debo llegar pronto a la meta. El cansancio me pasa la cuenta. Siento que me alcanzan las luces tras de mí. Un lomo de toro no previsto ¿es nuevo? De esto no me acuerdo. La bicicleta da un salto y quedo frío suspendido en el aire, eterno. El tiempo se detiene ¿hasta aquí llegamos? La rueda delantera toca el asfalto y pierdo el equilibrio, trato de recuperar el manubrio y controlar la rueda. El asiento impacta mis nalgas al mismo tiempo que la rueda trasera toca el camino. Me congelo otra vez. Microsegundos. No pasa nada, sigo en carrera. ¿Cuánto demoré la última vez? Dos horas y minutos. Debí reducir el tiempo, no es una buena marca. El tiempo es fundamental y siempre se mueve hacia adelante. Cada minuto ganado es útil para volver. El camino de retorno es más fácil, línea recta y esperar el auto que me llevará a casa ¿hay retorno? Todo depende si llego a la meta. Ahí está. Ya visualizo las banderas en sus astas. Vamos Raulito, aguanta, queda poco.

* * *

Estoy acostado de espalda en la vereda, observando los volantines que surcan el cielo. Miro la destreza con que cortan el aire. Miro el dedo de mi amigo que hace girar con rabia el carrete entre sus manos. Mi abuelo aparece por la esquina. No le gusta que esté tirado en el suelo porque ensucio las sillas. Noto su caminar cansado y a su costado una bicicleta. La compró usada en el persa. La llevamos al taller para cambiar las cámaras y reparar los frenos. Me dice que es para mí, para que no tenga que andar pidiendo. Me lleva montado sobre ella. Me compra un helado y soy feliz.

* * *

Me alcanza un compañero. Relájate, somos un equipo, me dice. Toma la delantera y no detiene el movimiento circular de sus piernas hasta que me deja muy atrás. Tiene razón, debo manejar la ansiedad, ya queda poco. No podemos fallar ahora. Nos hemos preparado hace años para esto y algunos toda la vida. Me entrego al viento, vuelvo a soltar el manubrio y guardo mis manos en los bolsillos del polerón. Mi compañero reduce la velocidad y me invita a adelantarlo. Tranquilo queda poco, me dice. Muevo el cambio a ligero y en lo alto de la loma veo la meta. La llegada será compleja y la retirada sencilla, aprovecharemos el descenso para tomar velocidad. Tomo aire y me pongo de pie sobre los pedales para tomar fuerzas y ganar a la pendiente sin

detenerme. No puedo parar ahora. Ahí están las banderas, las luces.

* * *

Estoy sentado en los bancos de madera, en el frontis de la facultad. No hago nada, tomo sol y miro el cielo. Estoy en tercer año, entre créditos y becas no logro cubrir todo el arancel. Un compañero de carrera me habla de un trabajo, una aplicación para repartir comida, que puedo usar bicicleta y además me sirve de entrenamiento. Me comenta que debemos sumar más gente, pero yo soy el actor principal. Le digo que cuenten conmigo, soy el mejor en la bicicleta. Le digo que los textos eran complejos, aunque de a poco voy entendiendo algunos conceptos. Me invita a la próxima reunión, irán unos muchachos de primero que se quieren sumar, aunque con ellos vamos poco a poco, me dice.

* * *

Solo unos metros. La pequeña loma se transforma en el Everest. Me pongo nervioso. Todo se transforma en una mochila pesada que me impide avanzar. Y por primera vez dudo. Metro a metro pedaleo. Me suda la frente y las manos. Un poco más y todo termina. Por el rabillo del ojo veo a mi compañero acercándose. Ya estamos, me dice. Ahora tranquilos. Llegamos arriba, veo la meta, pedaleo suave, reduzco la velocidad para que me alcance. No sé su nombre, él tampoco el mío.

Me bajo de la bicicleta, siento un dolor agudo en los testículos. Camino lento hasta el frontis y saco la mochila con cuidado. En mis oídos retumba el tic tac, luego hay silencio y mi cuerpo arde.

Derechos formativos

Don Nelson le sirve una taza de té, Estela la recibe con una pequeña sonrisa. El hombre se sienta a leer el diario y acomoda su silla donde la luz amarillenta lo ilumine mejor. Ella lo mira con ternura, ambos están viejos y cansados. Observa sus manos de mujer vieja y piensa en el trabajo. No recuerda el número de patronas que ha tenido. Una tarde llegó del colegio y su papá le dijo que no asistiría más a clases y que iría a trabajar en la casa de una señora. Hoy ese recuerdo se ve muy lejano. Cincuenta años en lo mismo. “Sí, señora, disculpe” dice en voz alta.

—¿Ah? —le pregunta su marido.

—Nada, Ando hablando sola como las viejas responde riendo.

Don Nelson es dirigente del Deportivo Alianza Sur. Un club de barrio tan antiguo como la población. Disfruta mirar el fútbol en casa porque en la sede se aglomera mucha gente y los más jóvenes no dejan escuchar. Esta noche juega Colo-Colo contra Universidad Católica. Cuando emerge del túnel el “Gomita” Millapán, el viejo besa la cruz que cuelga de su cuello. Este es el partido que puede cambiar el futuro del Alianza.

Pedro “Gomita” Millapán es un joven delantero que se formó en el Alianza Sur. El apodo de Gomita lo acompaña desde que, siendo un niño, acompañaba a su papá a vender golosinas a la Quinta Normal. Colo-Colo pagó una cifra irrisoria por su pase y así el niño raquítrico que correteaba en las canchas de tierra, se transformó en un adolescente con una explosiva velocidad y fuerza física.

Debutó anotando goles. Al siguiente año, luego de coronarse como goleador del torneo nacional, jugó su primera Copa Libertadores. Los albos quedaron eliminado en cuartos de final, pero “Gomita” Millapán anotó cinco goles en el torneo. Esta campaña disparó el olfato de los veedores internacionales. Hace meses se rumoreaba que el Inter de Milán ofrecería un contrato millonario por su pase. Y ahí en la tribuna del Estadio Monumental, vestido de impecable negro, un italiano miraba el mismo partido que don Nelson.

Estela prepara un té y se refugia en su pieza. Toda su familia es de Colo-Colo y ella no podía ser otra cosa. Pero los partidos la ponen nerviosa. Prefiere estar en su cama mirando las teleseries turcas. Se duerme a los pocos minutos de acostarse, pero despierta de un sobresalto y bebe el té que aún permanece tibio. Se niega a dormir tan temprano. No quiere despertar y tener que estar otra vez en el paradero a las seis de la mañana y recorrer toda la ciudad para ayudar a la señora a mandar a los niños al colegio. Pero es vieja, su cuerpo está cansado y se duerme. Apenas escucha cuando su marido se acuesta al lado. Es tan delgado que casi no siente su cuerpo.

—Ganamos, vieja, ganamos —le susurra don Nelson y se duermen juntos.

* * *

Estela despierta de un calambre. Se sienta en la cama y con dificultad logra estirar el dedo del pie. Se tumba en

la cama y a los minutos suena el despertador como cada día. Enciende el televisor y las noticias anuncian que hay problemas en la línea 1 del metro. El tren solo realiza recorrido desde Neptuno hasta estación Tobalaba. Llama a la patrona y ella le dice que se apure. Hace frío y está sola. En minutos el paradero se llena de trabajadores que esperan, sin ánimos, llegar a su destino. Hoy odia a todo el mundo, despertó mal genio y triste. Le echa la culpa a la redundancia del día a día. A los viajes de dos horas para llegar donde una mujer, que podría ser su hija y, sin embargo, la manda con prepotencia. Acata porque está arriba y ella siempre abajo y está cansada y tiene frío. Llega la J4, corre un poco, pero sus años no son competencia para el grupo de obreros que pretenden alcanzar la micro. Todos quieren viajar sentados para dormir un poco. Estela no llega, pero el grupo de trabajadores la esperan. “Suba mamita” dicen los hombres.

Al fin llega a la casa del sector oriente. Saluda a su patrona que la espera en pijama moviéndose de un lado para otro, sin saber bien qué hacer, mientras grita a sus hijos que se apuren.

—Otra vez atrasada Estelita —dice Gloria — podría apurarse un poco.

—Lo siento señora —dice Estela y le regala una risa tímida. Pasa a su lado y agacha la cabeza.

Se dirige a la cocina y prepara el desayuno a niños que bien podrían ser sus nietos. En el televisor muestran gente que disfruta los últimos días del verano. Niños y adultos chapoteando en las aguas frías del litoral central. Ella contempla estas imágenes lejanas y recuerda la última vez que vio el mar.

* * *

Don Nelson se sienta en su silla favorita y deja la muleta a un costado. Desayuna un café con sacarina y un pan más quemado que tostado. Siente un frío que recorre su pierna izquierda “la pierna fantasma”, piensa. Hace un par de años se la amputaron. Primero el dedo gordo y luego fue necesario cortarla completa. La diabetes es así. Nunca se preocupó. “Ya está, nada de lamentos. Ahora hay que reponerse”, repite siempre que le preguntan. Es un viejo optimista. Pero la situación es difícil, se mantienen a duras penas con el sueldo de Estela y la pensión que juntos reúnen. Enciende el televisor para sintonizar los goles de anoche. Empate a tres goles. El marcador final es intrascendente para él. Sube el volumen cuando el comentarista habla sobre “Gomita” Millapán, los tres goles que anotó y la inminente llegada del jugador al equipo Lombardo. Don Nelson llama al periodista que lo entrevistó cuando “Gomita” anotó su primer gol internacional. El periodista le explica lo que vendrá ahora, el viejo esboza una sonrisa.

* * *

La sede del Alianza Sur es un pequeño galpón a medio construir ubicada a un costado del río Mapocho. Una vitrina empolvada exhibe trofeos y fotos de antiguos jugadores. Aquí se celebran las cenas de fin de año o los bingos bailables, eventos que reúnen a los históricos del club y también a los juveniles. Pero a estos últimos

no se les permite beber “hay que cuidar el patrimonio” dice Don Nelson. Uno a uno van llegando los directivos del club y los socios. Y allí con todos sentados alrededor de la mesa, Don Nelson les explica la situación. Muchos sonríen y crean imágenes en su mente. Todos vislumbran una salida a los problemas que aquejan al club. “Con esto podemos dar un salto cuantitativo como institución” concluye Don Nelson.

Estela desciende de la micro con dificultad. Bajo su brazo afirma con fuerza la cartera, mientras que de su mano izquierda cuelga una bolsa plástica. Su marido la espera en el paradero y se incorpora con increíble agilidad, cargando el peso de su cuerpo sobre la muleta se dirige hacia su mujer.

—Vieja, tengo buenas noticias —dice don Nelson.

—En la casa me cuentas, que estoy cansada —le dice pidiéndole disculpas.

Y creyó ver en los ojos de su marido ese brillo que hace décadas no veía. Un brillo en las pupilas que reflejan un mundo de posibilidades y esperanza. Un brillo que nada podía opacar, ni siquiera el presente seco de su paisaje sin árboles, con perros durmiendo al sol y jóvenes pidiendo plata en las esquinas.

Estela se desparrama en el sillón, se saca sus zapatos y se masajea los tobillos. Don Nelson le toma los pies y los acaricia con dulzura.

—¿Te acuerdas del periodista, ese que vino a ver la sede hace un tiempo atrás, ese que hizo un reportaje sobre Pedro Millapán? —le pregunta don Nelson —. Hoy hablé con él otra vez y me confirmó que si el “Go-

mita” se va a jugar a Italia, a nosotros nos tocarían unos millones por algo que se llama derechos formativos.

—¿En serio? ¿estás seguro? —pregunta Estela distraída.

—Sí vieja, eso me dijo, porque fuimos nosotros quienes le dimos la oportunidad a este cabro. Te acuerdas cuando lo íbamos a buscar en camioneta para que jugara. Cuántas veces le dimos comida nosotros mismos. Está bien que nos corresponda algo. Imagínate cien millones para el club. Hablamos con la directiva y pondremos pasto sintético a la cancha y terminaremos el galpón antes que comiencen las lluvias, también podríamos renovar las camisetas de todas las series y comprar zapatos para los que no tienen, sobre todo en las infantiles. A los papás apenas les alcanza para comprar zapatos de colegio y van a tener para zapatos de fútbol.

Estela mira a su marido con ternura y le peina los tufos sobre las orejas.

—Hoy vi en las noticias el mar. Hace años que no vamos juntos. Estoy cansada ya no quiero trabajar más. Toda mi vida he estado atendiendo a mujeres que crecen, luego sigo criando a sus hijas, luego a sus nietas. Toda la vida en esto. Ya no quiero más. No pude ni criar un hijo mío. No tuvimos ni plata para los exámenes para saber por qué no podíamos tener hijos.

Estela llora avergonzada. Siente rabia de su vida, de su mundo limitado por fronteras bien definidas de hasta dónde podía llegar la felicidad, y concluye que es un espacio muy reducido. Recuerda que la última vez sintió felicidad fue en ese viaje a la playa, que hizo junto a sus hermanas y los sobrinos, todos juntos en la micro que manejaba un vecino. Fue un paseo por un

día, pero ella sabía que ese era el límite de su felicidad. Don Nelson acaricia los pies dolientes de su mujer susurrando “tranquila, tranquila”, sin más herramientas de contención que el amor por ella.

Toman once en silencio y conversan de otras cosas. Estela le pregunta más sobre Pedro Millapán y él pregunta cómo le fue en el trabajo. Ven las noticias y luego se van a dormir. Estela resiste con todas sus fuerzas el sueño e intenta tejer, pero termina sucumbiendo. “Mañana otro día igual a este”, piensa antes de dormir.

* * *

Don Nelson toca el lado de la cama aún tibio. Escucha el sonido de las llaves al cerrar la reja y los pasos de Estela que se alejan por la vereda, interrumpidos por el ladrido de los perros. No puede seguir durmiendo. Tampoco lo hizo durante la noche. El llanto de su mujer lo desarmó. Siempre pensó que de viejo ya nada lo podía afectar así, porque todas las penas que sentía eran atribuibles a la juventud y al choque de la expectativa con el muro impenetrable de la realidad. Al ver a su mujer desnuda y sin defensas, se apropió de su pena y sintió que era su fracaso y por tanto su responsabilidad sacarla del pozo oscuro en el que habían caído. Poco a poco la idea toma forma en su cabeza. Hace cálculos mentales y la idea funciona. Enciende el televisor para confirmar la noticia. Y ahí está otra vez el periodista “Inter de Milán ha llegado a acuerdo con Colo-Colo por la compra del pase de Pedro Millapán, en una cifra récord para el fútbol chileno”.

En la sede les explica la idea a los dirigentes y socios. Algunos se muestran reticentes, pues deseaban que la inversión del dinero fuera en beneficio del club y de sus instalaciones. “Hay que pensar en las infantiles” dice uno de los dirigentes. Don Nelson golpea con sus nudillos la mesa, como invitando al silencio de los presentes. Todos obedecen y el murmullo cesa.

—Esto no afectará en nada al club —dice Don Nelson—. El dinero es suficiente para empastar la cancha; terminar la construcción de la sede y comprar las nuevas camisetas. Lo que les pido es un beneficio indirecto para el club. Es una atención para toda la gente, para los jugadores, para los vecinos. Es un paseo a la playa, al litoral central por un día, no les estoy pidiendo que nos vayamos una semana al caribe. Arrendaríamos las micros y compraríamos la comida. Un gasto mínimo nada más.

Poco a poco los dirigentes comienzan a interesarse en la idea. Todos concuerdan que un paseo a la playa servirá para afianzar la unidad y la confianza en el Club. Además, generaría un vínculo irrompible con el equipo. Los niños siempre quieren jugar para el equipo rival porque hacen mejores fiestas a fin de año, las camisetas son brillantes y alcanzan para todos.

En la población circula una brisa de optimismo y alegría. Estela, incrédula al comienzo, cede al entusiasmo colectivo e incluso las rabieta de la patrona se hacen más tolerables. El cansancio desaparece cuando planifica el viaje a la playa, qué ropa debe llevar y qué libro leerá bajo el quitasol amarillo que compró para la ocasión.

—Es necesario este paseo, viejo —le dice Estela a su marido—. Es recargarnos de energía para lo último

que nos queda. Se que la pasaremos bien, sé que seré feliz, pero ¿después que nos queda viejo? La pega, la pensión miserable, las colas en el consultorio, los remedios que debemos tomar. Este es un viaje de despedida.

El viejo acomoda la muleta a un lado y enciende el televisor. El periodista comenta que “Gomita” Millapán ya está en Italia para someterse a los chequeos médicos de rigor y luego será presentado en el estadio Giuseppe Meazza a la prensa y a la hinchada del Inter de Milán. Don Nelson sonríe al mirar el quitasol amarillo que su mujer guarda tras la puerta. Disfruta ver a su mujer contenta otra vez. Él también sabe que es una breve parada antes de llegar al final. Los años arrasan y con ferocidad se comen la energía que le queda. Esa noche duermen felices.

Sirve té para ambos y se sientan a tomar once. Por la radio se escuchan las noticias deportivas de la tarde. Conversan del día a día, él fue a buscar los remedios para la presión, ella tuvo que hacer canapés para el cumpleaños de la patrona. La voz del locutor —al principio monótona e intrascendente— se comienza a volver clara. Frases sueltas flotan en el aire: chequeo médico, soplo al corazón, fueron adquiriendo sentido para ambos. Estela acaba el té y se refugia en su pieza. Enciende el televisor y teje. Quiere extender la noche y esta vez lo logra.

Aquel año

Siempre odié el Año Nuevo, de todas las fiestas era la que más detestaba. Odiaba los abrazos robóticos, el no saber qué decir. Mi hermana Angélica, en cambio, lo disfrutaba mucho y su abrazo era lo único que yo necesitaba siempre.

Durante la cena la abuela recordó un 31 de diciembre en que decían que Chile se hundiría. Después de un gran terremoto, decían que todo lo que está entre el Pacífico y la cordillera de los Andes desaparecería tragado por las aguas. Nadie podría salvarse, ni ricos ni pobres. El 1 de enero no habría más que agua sumergiendo a la cordillera. A la medianoche iba a comenzar el terremoto que llegaría a grado 10 y Chile se iba a quebrar como una galleta, hundiéndose de golpe. Esa noche no cenaron, solo rezaron hasta las tres de la mañana y en eso se quedaron dormidos. No pasó nada, dijo mi abuela, nunca pasa nada. Nos miramos con Angélica y me hizo un gesto de aburrimiento en su rostro. Esa historia ya la habíamos escuchado en otras oportunidades, en muchas otras oportunidades.

Angélica encendió el televisor para ver los fuegos artificiales de Valparaíso. Comenzó la cuenta regresiva justo en el momento en que mis padres salieron a fumar al patio. Feliz año nuevo gritó la gente, por todos lados se escucharon botellas de champagne descorchadas y estallidos de confetis. Nos abrazamos con Angélica y buscamos a nuestros padres.

De vuelta a nuestro hogar el auto trazaba un haz de luz en la oscura carretera. Más allá de los cerros la gente celebraba la llegada del 2012.

—¿Es verdad la historia que contó la abuela, que Chile se iba a hundir? —les pregunté para interrumpir el denso silencio que reinaba en el auto.

—Cada cierto tiempo, comienzan a circular rumores apocalípticos —dijo papá, con la vista clavada en la ruta— A la gente le atraen las catástrofes, los terremotos, tsunamis o aluviones. Siempre habrá una historia sobre una calamidad por vivir, tener la sensación de que algo nos va a pasar. Pero es satisfactorio cuando nada pasa. Esta tranquilidad posterior al estrés es lo que busca la gente.

* * *

Angélica desapareció a los 16 años. Para nadie fue novedad, no hubo sorpresa. Un día no llegó a buscarme a la escuela. Ella nunca fallaba, siempre estaba ahí esperando para llevarme a casa. Era la misión que le habían dado mis padres: cuidar al hermano chico. Se llevó la poca ropa que tenía, su set de maquillaje y un rosario. Mis padres hicieron la denuncia ante carabineros, pero todos sabíamos que no había ocurrido nada malo. Ella se fue por su propia voluntad. Tarde o temprano desaparecería. Al marcharse dejó solo una breve nota de despedida. Quería que nuestros padres no se preocuparan, ni que yo la extrañara. El caso fue derivado a la Policía de Investigaciones, pero más que un secuestro o alguna desgracia, este era un “caso claro de abandono de hogar”. Poco a poco fue perdiendo importancia, era una desaparición más como tantas que ocurren en la periferia. Quizá se había ido con un hombre al norte o tal vez al sur.

Mi hermana era una niña adorable. No era buena en los estudios, sus notas eran pésimas, nadie auguraba un brillante futuro para ella. Sin embargo, poseía el talento, un verdadero don, para acercarse a las personas: era amable, cariñosa y empática. Podía sentarse horas y horas a conversar con viejos, niños y jóvenes. Los escuchaba con máxima atención, sus ojos se abrían ante algún tema impactante, o se entristecían si el diálogo recorría senderos dolorosos. Sentía una curiosidad sobrenatural por todo lo que se abría ante ella. Y a esa edad muchas cosas se abren ante nuestros ojos. El mundo maravilloso, terrible, misterioso y cruel nos invita a descubrirlo. Esta novedad entra en contradicción con las reglas impuestas por los padres. Sin embargo, para ella cada cosa nueva merecía, y por sobre todas las cosas, debía ser explorada al máximo. En el mundo gris de la población, ella era luz ennegecedora.

Los días siguientes a su desaparición, me ilusionaba la idea de que ella me estaría esperando afuera del colegio, como siempre lo había hecho. Pero al igual que la última vez, ella ya no estaba ahí. Lloré por días. Era un niño débil, un segundón criado a la sombra de mi hermana. La niña más encantadora del block. Con trece años sentía que mi vida acababa sin mi hermana. No podría crecer, ni continuar sin ella. La admiraba tanto que la idea de ya no poder hacerlo me destrozaba.

Me transformé en una muchacho solitario e introvertido. Viajaba del colegio a la casa, no tenía amigos en el barrio y en clases apenas hablaba con mis compañeros. Mis notas se mantuvieron altas, aunque no recuerdo haber aprendido nada. Los discursos de los profesores

eran vacíos y carentes de interés. Además, mis compañeros comenzaron a hostigarme. Me molestaban por mi físico o por mi hermana. Yo no hacía nada, me quedaba en silencio o a veces reía para ser parte de la broma. Solo me quedaba aguantar. Sabía que al año siguiente iría a un liceo, terminando mi educación básica. Luego de un tiempo dejaron de acosarme, y pasé a ser un invisible. Eso me hizo sentir peor.

Pero tenía a *Blade_Black*, mi amigo virtual. Nos conocimos por un juego online, al principio solo hablábamos de trucos del juego o diseñábamos estrategias para derrotar a los oponentes. Comenzamos a formar un equipo y para mí eso era importante, jamás había pertenecido a algún grupo, me sentía aceptado y también necesitado. Mis habilidades en los juegos eran de utilidad y él me lo hacía saber.

* * *

Blade_Black se llamaba en realidad Rodrigo. Aunque teníamos la misma edad, era muy maduro en sus comentarios y opiniones. Luego de un tiempo ya no hablábamos solo de juegos, conversábamos otros temas. Poco a poco fuimos contándonos cosas de nuestras vidas, temas más íntimos. Vivía con sus papás en La Florida, era hijo único y soñaba con ser de la PDI. Me decía que si algún día era detective podría ayudarme a buscar a mi hermana. Al poco tiempo ya se había transformado en mi mejor y único amigo.

Al llegar del colegio, lo primero que hacía era sentarme en el computador y revisar mi correo. Siempre ha-

bía algo nuevo que me enviaba Rodrigo, links de ovnis, chistes o fotos de actrices porno. Mis papás trabajaban y pasaba la mayor parte del tiempo solo. Antes la pasaba con Angélica y con ella era imposible sentirse solo, su desbordante energía me hacía sentir en una multitud. Sin ella, el computador se transformó en una ventana que me permitía estar en otro lugar. Podía estar en el living de Rodrigo conversando con él. Siempre me imaginé su casa como un lugar limpio, bien iluminado, con una habitación exclusiva para su computador, una cocina angosta que terminaba en un jardín con pasto, diferentes tipos de plantas y una parra bajo la cual almorzaban en verano.

Ahora en perspectiva, podría decir que me fui obsesionando o incluso enamorado de Rodrigo. Sigo creyendo que es lo mismo. En el colegio pensaba qué opinaría él sobre cualquier tema que saliera en las clases. O en los recreos imaginaba conversaciones donde ambos discutíamos sobre películas o animé. Me acompañaba sin su presencia en cada minuto del sufrimiento que significaba asistir al colegio.

Una noche me envió un link y me pidió que lo leyera con calma. Era una noticia de un suicidio masivo en una granja de Estados Unidos. Los muertos pertenecían a una secta que se preparaba para el fin del mundo y que, según su líder, esto sucedería el 21 de diciembre del 2012. Hasta ese momento no había tomado en cuenta esa fecha, sin embargo, se hacía cada vez más presente en la televisión o en el internet. Y sin darnos cuenta fuimos abducidos por todo el contenido relacionado al fin del mundo. Con Rodrigo nos amanecía-

mos mirando videos en YouTube o leyendo foros. Nos compartíamos toda la información que encontrásemos. Debatíamos si el gran final sería por un meteorito o por la aparición de un planeta misterioso que chocaría con la Tierra. Quizás sería un agujero negro que se crearía por culpa del Gran Colisionador de Hadrones o una tormenta solar que dejaría inactivo todos nuestros aparatos electrónicos y nos volvería a la edad de piedra.

Dejé de asistir al colegio, mis padres salían temprano a trabajar, y no se percataron de mis inasistencias. Me sentaba frente al computador y leía todo lo posible. Creé una carpeta donde guardaba archivos y fotos. Hablaba solo con Rodrigo del tema. Toda esta información comenzó a generar una extraña tranquilidad en mí. Me alegraba saber que todo acabaría pronto: la ausencia de mi hermana, el colegio, las burlas de mis compañeros, las rutinas con mis padres. Todo eso acabaría el 21 de diciembre y sería maravilloso. Tal vez era el único que estaba tranquilo por esos meses. Nadie confesaba el miedo irracional a aquella fecha, aunque siempre existió la duda o la risa nerviosa al hablar sobre el tema.

Estábamos con mis padres, los tres aún juntos, sentados en la mesa tomando once. Les pregunté qué harían el 21 de diciembre, cómo lo pasaríamos, si estaríamos juntos o si irían a trabajar. Me miraron como si un extraterrestre les hablase en otra lengua. Les expliqué todo lo que había estado investigando y mi padre se burló de mí, dijo que estaba como la abuela creyendo todas las tonteras que la gente decía. Les mostré que no eran tonteras, que había muchas páginas web que hablaban del tema y que hasta aparecían en las noti-

cias. Debemos estar preparados, les dije cuando me di cuenta de que ya no me escuchaban. Luego cada uno siguió en su mundo mirando su taza de té. El ánimo había decaído en mi casa desde la ausencia de Angélica. Pocas veces nos reíamos, y cuando lo hacíamos, nos callábamos enseguida como sintiéndonos culpables por sentir un poco de felicidad. En oportunidades escuchaba llorar a mi mamá o discutir con mi papá. No sé si era por Angélica o por otros motivos. Ahora todo me parece muy obvio.

* * *

Con Rodrigo concluimos que el choque con un asteroide o la aparición súbita de un planeta eran teorías poco probables para el fin del mundo. Acordamos que sería por una tormenta solar, y esa idea fue adquiriendo más sentido cuando leímos que esto ya había afectado años atrás a la red eléctrica de gran parte de Estados Unidos. Decidimos prepararnos para un evento así y comenzamos a armar nuestras mochilas apocalípticas —así fue como las llamamos. Guardamos agua, medicinas, alcohol, alambres, alicates, cuchillos, barras de cereal y frutos secos. Cada cierto tiempo revisábamos la mochila y agregábamos cosas. Esto era en el escenario de que hubiera que luchar por los despojos del mundo viejo.

Ya cerca del final, o de lo que yo creía que era el final, me sentía tranquilo. No había pensado en mi hermana. Le había dedicado mucho tiempo a prepararme para lo que venía. Hasta que recordé mi último cumpleaños y me vi junto a ella frente a una cámara fotográfica

que guardaba en su pieza. Quedaban solo cinco fotos, encuadré a un gato, la ropa tendida en los pasillos del block, mis zapatos, a la vecina del frente y la escalara. Cuando mi madre llegó con las fotos reveladas corrí a mi pieza para verlas. Pasé rápidamente por todas, hasta que la vi: salíamos juntos, en la cabecera de la mesa, frente a nosotros la torta de manjar durazno que nos gustaba. En nuestra espalda un feliz cumpleaños con la “p” despegada. Fue la última foto que nos sacamos. Nos veíamos felices. Y me hundí. Recordé a mi hermana y la odié por abandonarme, odié a mi papá por no buscarla, por no hacer nada, y odié a mi mamá por sus llantos nocturnos. La espera del final era la único que me importaba, porque era lo único que podía salvarme. Después de esa fecha no habría más sufrimiento, ni dolor, ni melancolía.

* * *

Cuando quedaba un mes exacto para el 21 de diciembre, Rodrigo me preguntó que me gustaría hacer antes del fin. Algo que no quisiera dejar pendiente. Le respondí que quería perder la virginidad con Valeria, una compañera de colegio. Nos reímos. Él quería acostarse con unas mellizas de su condominio “con las dos al mismo tiempo”, dijo. Esa noche nos amanecemos chateando y acordamos en juntarnos para conocernos. La excusa era una linterna que él me daría para complementar mi mochila del apocalipsis.

Nos juntamos en el metro Bellavista de La Florida. Estaba nervioso, no sabía si la conversación fluiría tal

como en el chat. Nunca habíamos hablado por teléfono, ni habíamos visto fotos nuestras. Yo estaría frente a la boletería con mi mochila negra llena de parches de animé, así me reconocería. No esperé demasiado tiempo cuando un muchacho moreno y delgado se me acercó. Vestía la ropa del colegio, nos dimos la mano y me invitó al patio de comidas del mall. Me dijo que la próxima vez él iría a Cerro Navia o algún punto más intermedio, no podía alejarse demasiado de su hogar. Mientras comíamos papas fritas, hablamos como dos personas que se conocían de toda la vida. Decíamos los mismos chistes que en el chat y funcionaban perfecto en la vida real.

—Antes que todo acabe, me gustaría golpear a alguien. —dijo Rodrigo con un rictus inquietante, sin esperar un comentario mío—. Me gustaría que alguien me viera y me rogara por su vida.

En persona las frases salidas de su boca y no leídas desde una pantalla eran mucho más siniestras. La falta de un emoticón hacía más difícil entender que todo era una broma de mal gusto. Me largue a reír nervioso.

—En serio —dijo y me mostró una cicatriz en el mentón y un moretón en su brazo—. Estas me las hicieron mis compañeros de colegio. La cicatriz fue el año pasado, me empujaron y me pegué en el borde de la mesa y este moretón es de todos los días que me saludan. En el colegio soy invisible, solo me ven cuando me golpean o me molestan. A veces fantaseo golpear a uno de ellos, hasta que me ruegue que no lo golpee más y que lo perdone por todo lo que ha hecho.

Nunca, en todos esos meses chateando, habíamos hablado del bullying que sufríamos. Nos daba vergüen-

za admitirlo y no queríamos parecer débiles frente al otro. Esa tarde, en el patio de comida, hablamos de lo que nos pasaba. A él lo molestaban por su piel morena y sus espinillas, a mí por la gordura. Ambos éramos tímidos y no sabíamos cómo defendernos. Nos despedimos, pero antes acordamos que si sobrevivíamos podríamos encontrarnos en Plaza Italia el día 22 de diciembre. Según nuestras teorías ya no habría forma de comunicarnos así que debíamos dejar zanjado el punto de encuentro.

* * *

En mi colegio, días antes de la graduación, organizaron una convivencia donde todos se rayarían la camisa a modo de recuerdo. Yo no estaba interesado en asistir. No guardaba ningún recuerdo bueno del colegio y menos de mis compañeros. Mi mamá me obligó a ir. Un par de compañeras me escribieron parabienes por compromiso o pena. Se tiraron bombas de agua y al rato estábamos todos mojados incluyendo la profesora. Me preparaba para irme a casa, pero dos compañeros comenzaron a decirme que me sacara la camisa, que me iba todo empapado y que me iba a resfriar. Las compañeras reían.

—Sácatela guatón que no te de vergüenza —dijo Andrés Meliñanco, y con la ayuda de los otros me sacaron la camisa y me dejaron semi desnudo en el pasillo del colegio.

—¡Buena guatón tetón! —gritaban mientras reían y aplaudían. Al rato me pasaron la camisa con recordatorio de sus nombres y que me fuera bien en la vida.

Lloré durante el camino, pero al llegar a casa ya me sentía bien. Todo había terminado. Le escribí un chat a Rodrigo diciéndole “Hagámoslo”.

* * *

Observé el cielo por la ventana del baño. Todo seguía igual. Lavé mis manos y miré como el hilo de agua formaba un espiral rojizo antes de desaparecer por la tubería. No sé por qué me masturbé en su baño. Pero nada de eso importaría dentro de unos días. Volví al living y Rodrigo estaba sentado tomando una bebida en lata. En la silla, amarrado con alambres y con una calceta ahogando sus gritos, estaba el cuerpo aún tibio de Andrés Meliñanco. En su rostro, reemplazamos sus ojos por una masa ensangrentada e hinchada. Nos turnamos para pegarle. La idea inicial era darle unos golpes, someterlo y mostrarle que nosotros existíamos. Que yo existía. No sé si la situación se nos escapó de las manos o Rodrigo siempre buscó eso, pero en un momento fue a la cocina y volvió con un cuchillo que enterró en el estómago de mi compañero.

A veces pienso, y es lo que más he hecho en todos estos años, que Rodrigo siempre planeó todo antes de conocerme. Solo buscaba alguien que lo apoyara en su fantasía. Después de esa tarde no lo vi más. Solo nos encontramos durante los juicios. A él le tocaron más años. Andrés sobrevivió, las heridas no fueron mortales y de los golpes se recuperó a los meses. Me imagino que lo sucedido ese día lo acompañará para toda su vida, igual que a mí. Me gustaría verlo y decirle cuánto lo siento. De verdad lo siento.

* * *

Hace un mes terminé mi condena. Pasé toda mi juventud encarcelado. El 21 de diciembre del 2012 fue un día como cualquier otro. Salvo para Rodrigo, Andrés, para nuestras familias y para mí. Todos nos quebramos de diferentes maneras ese día. Hace un mes que estoy solo en esta pensión. Me cuesta ver a mis padres o acercarme al barrio. Otra vez soy invisible. Sin embargo, hace unos días recibí un llamado de Angélica. Volvió a casa después de lo que hice. Levantó a mis padres para que no se derrumbaran. Quiere que conozca a sus hijos. Hace horas espero que toque la puerta. Es tarde, pero puedo esperar un poco más.

Todo estará bien

Cuando el temblor cesó, Manuel se alejó del marco de la puerta. Escuchó las voces asustadas de los vecinos en los otros departamentos. Volvió a la cama y durmió. Por la mañana encendió el televisor, el aparato colgado en la pared alumbraba la habitación vacía y sus pertenencias aún en cajas. El noticiero informaba de “un terremoto de 7,5 con epicentro a 23 kilómetros al norte de Coquimbo y que causó serios daños en la infraestructura de la ciudad y una alerta de tsunami que se canceló en horas de la madrugada”. La periodista paseaba por los restos de una casa y hablaba con los dueños, quienes solicitaban la ayuda de la presidenta Bachelet. Manuel miraba el televisor con la cabeza puesta en otros temas, cuando al costado del entrevistado, un rostro femenino captó su atención. Se acercó al televisor y entonces vio, a pesar de las arrugas, a la mujer que había amado en lo que parecía ser otra vida.

—*Es importante esto.*

—*Lo preguntas o lo afirmas, le dijo Manuel.*

—*Un poco de ambas. Para mí es importante, te pregunto si para ti también.*

¡Viene Pinochet!, grita la gente por los pasajes. Golpean las paredes de las casas. El sonido de las latas se transforma en un eco que es imposible obviar. Manuel y Valentina no toman en cuenta el bullicio de afuera. La tarde es para ellos. El papá de Valentina atiende el

almacén y tienen un par de horas para estar solos. Desnudos miran el cielo celeste cubierto por un visillo que difumina el contorno de los techos del barrio.

Era importante, le dijo Manuel a Valentina cuando llegó a ayudar con los escombros y llevarle un poco de mercadería. Te vi en las noticias, estás diferente, pero no tanto como para no reconocerte, le dijo él. Me mantengo, dijo ella e intentó sonreír. Trataron de hablar con normalidad, aunque ya nada era lo mismo. Solo quería verte otra vez, le dijo Manuel al despedirse. Aquel encuentro fue el último, nunca más se vieron ni hablaron, pero recordarían ese momento por el resto de sus vidas.

Manuel y Valentina se conocen desde niños, pero no son amigos, a esa edad nadie tiene amigos, solo compañeros de juego durante las tardes, bajo la luz del poste que ilumina la calle. La única manera en la que Valentina puede jugar es cuando su padre está en el almacén. No le permiten que juegue con los niños del pasaje. Valentina fue criada como una niña diferente al resto, una “niña mejor” dijo su papá en una oportunidad. La princesa de la cuadra. En los días de calor Valentina se baña en una piscina plástica, mientras todos miran por el hueco que deja la reja de madera. El papá suelta al perro para que les ladre. Nunca invitan a nadie.

—¿Estarás cuando te necesite?

—Estaré.

—¿Estarás cuando la oscuridad nos cubra y veamos el último punto de luz extinguirse?

—Estaré.

Manuel encontró a Valentina cuando ya no había razón para recordarla. Se encontraron por casualidad sin buscarse. Fue en el terminal de buses. Ella viajaba al norte con su marido y él salía de vacaciones con su familia. Tu hijo es igual a ti, le dijo ella. No se veían desde aquel día, pero hicieron el quite a hablar del pasado. Él preguntó por su mamá, todo bien, dijo Valentina. Mi familia igual, siguen donde mismo, dijo Manuel. Ella le cuenta que su papá abandonó a su mamá y que murió solo. Manuel no siente pena, tampoco rabia. Ya no tiene rabia. Iremos al sur, le dice él. Nosotros nos vamos a vivir a Coquimbo, le cuenta ella. Se despiden no sin antes darse los números telefónicos. Manuel simula que anota y ella bota el papel antes de subir al bus.

La comitiva entra por Avenida La Estrella. Nadie alcanza a bajar de esos lujosos autos. La gente los recibe con piedras y gritos. Ellos blindados con armas, guanacos y zorrillos. La gente se refugia en los interiores de los pasajes. Los cobardes se esconden en sus casas, pero la cobardía no limita la solidaridad y abren sus puertas para que la gente se proteja de las bestias.

Valentina se sobresalta con el ruido de los helicópteros. Era verdad, dice. ¿Vamos a ver? Manuel dormita sobre su vientre plano. Estamos bien aquí, le dice, mirando el vello púbico aún húmedo. Escuchan gritos, balazos, el aire se torna denso y les pican sus ojos. Más balas y el helicóptero como un ave rapiña volando sobre los techos de la población. Se asoman por la ventana y ven a los niños del frente levantando sus pequeños dedos a los militares mientras su abuela se desgarraba llamándolos con los ojos hinchados de terror.

Manuel y Valentina ríen, pero el sonido de la puerta los paraliza. Escuchan los garabatos del padre de Valentina culpando a los comunistas. Entra tosiendo y chupando un limón. Qué haces con este *hueón*, le dice a ella. Ándate si no quieres que te mate, le dice a él. El hombre intenta golpear a Valentina, Manuel lo empuja y golpea contra la biblioteca, de la cabeza del padre corre un hilo fino de sangre. Ella grita asustada y echa a empujones a Manuel.

—¿Crees que soy diferente al resto?, pregunta Valentina.

—Lo eres.

—Te pregunto si crees que pertenezco a este lugar... a esta población. Mi papá dice que no soy como todos los de acá.

—Tienes futuro. O al menos tienes posibilidades de un futuro.

—¿Y tú no?

Las piedras rebotan en la carrocería del bus que transporta a los seguidores de Pinochet. Un hombre se refugia tras un quiosco y lanza con furia una piedra que rompe el vidrio trasero del bus. Todos aplauden y bailan de alegría. Manuel camina entre la gente, ayuda a encender una barricada. Mira la pulsera de lana trenzada que Valentina le regaló. Sienta rabia, lanza piedras. También siente miedo, pero la rabia es mayor. Del tumulto alguien grita que en uno de los autos va Pinochet. Lanzas piedras a todo lo que se mueve. Se les fue la tarde echando al dictador, el crepúsculo los baña con una cálida luz de victoria.

Cae la noche y las cadenas mojadas hacen saltar los transformadores. La oscuridad total permite ver estrellas que nunca nadie había visto brillar. Valentina se acerca a Manuel por la espalda y tira de su chaleco. Es raro verte sola de noche, le dice. Se acostumbraron a verse a ratos a la salida del colegio. Sus colegios quedan cerca, pero Manuel toma micro y a Valentina le pagan un furgón amarillo. Mi papá fue a ver el almacén, venderá con velas, le dice ella. Comienza el rumor de allanamientos y brutalidades, alguien dice que cayó el arma de un escolta de Pinochet cuando la camioneta esquivó una barricada. Cuídate, ándate para la casa, le dice ella. Sí, tranquila, le dice él y se besan frente a todos.

Primero se escuchan los ladridos de los perros, al rato las sirenas. Las luces de las linternas encienden a todos los hombres tumbados en la mitad del pasaje. Uno a uno los suben a la micro apostada en Mapocho Sur. A Manuel le dan un golpe en la cabeza y otro en la espalda. ¡Es menor de edad, no ha hecho nada!, grita su madre. Noche de lobos y terror permitido. Sueltan a Manuel no sin antes golpearlo con furia. Alguien lo acusó de estar exhibiendo una pistola como trofeo. Su padre cree que fue el almacenero. Si todos saben que andas con la princesita, le dice. Se llama Valentina, le responde Manuel. El odio se apodera hasta de los más sensatos. Familia y amigos le prenden fuego al almacén. El papá de Valentina llora tratando de apagar las llamas. Comunistas de mierda, grita. Esa misma noche abandonan la población. Manuel no alcanza a despedirse de Valentina. Alguien le contó que se fue primero con su madre en la camioneta. El papá fue a buscar las

cosas en un camión. Ciudad Satélite era lo mejor para ella, ahí estará con los suyos, piensa Manuel.

—*Eres valiente.*

—*No lo soy.*

—*Estás enamorado de mí.*

—*Desde que éramos niños.*

—*Antes te encontraba tonto y feo. Ahora solo te encuentro feo.*

Él la espera, como cada tarde, afuera del colegio. Valentina se escapa antes de clases. Se refugian en la plaza, comen galletas y se besan sobre el pasto. Cierran sus ojos e intentan abrazar al mundo. Manuel descansa en el cálido abrazo de ella y hunde la cara en el chaleco impregnado de colonia juvenil. Llega el furgón, ella le entrega una pulsera que trenzó para él, lo besa y corre para que no la descubran.

Manuel llega a la población y entra a comprar solo para verla una vez más. Lo atiende su papá que nada sospecha. Arriba el cielo celeste les indica que todo estará bien. Todo estará bien.

Barro

Ester introduce con cuidado las sopaipillas en el aceite caliente. La mañana está helada, el clima ideal para vender sopaipillas, pero se acerca el calor y tendrá que buscar un nuevo producto. Aún no decide si mote con huesillo o helados. Una taxista conversa sobre la lluvia que cayó anoche y se queja del barro que se le mete entre la suela y el tacón del zapato. Ester le entrega las sopaipillas, el hombre les pone mostaza, se hace un sanguche y come mientras se limpia el zapato en la cuneta.

Hace años que se instaló afuera de la garita para venderle comida a los choferes. Tuvo que reinventarse luego de que la sordera del lado izquierdo se hiciera total y sus jefes prescindieran de ella “para que descanse Ester”, le dijo el patrón. Ella sabía que ya no era un aporte en esa casa. Era un estorbo al que, además, debían pagarle. Ella esperaba más comprensión y cariño luego de cuarenta años de trabajo. Le dieron un finiquito simbólico que era menos de lo que merecía por trabajar años sin otro vínculo legal más que el “casi de la familia” que repetían sus patrones. La sordera afectó su equilibrio, era difícil llevar la sopa sin derramarla sobre la bandeja. Tampoco podía acudir rápido a las peticiones de la señora. El hijo del patrón la llevó hasta su casa para transportar sus cosas y el cuadro enmarcado que le regalaron, donde ella aparecía riendo con su delantal mientras sostenía a un niño gordo. Al salir de la Costanera y tomar el desvío a Peterson, reconoció el lugar. “Oye este es el mismo

camino para el aeropuerto, no cachaba que vivías para acá”, le dijo antes de despedirse sin bajarse del auto. La mujer notó el terror de ese niño gordo de perderse en la noche salvaje de la periferia.

Ester mira la caja de dinero, no fue una mala jornada, piensa. Comienza a guardar las cosas, a desarmar el toldo que la protegía del frío. Es complejo desarmar la estructura sin ayuda, además con la lluvia nocturna la lona húmeda pesa el doble. Cuando da por perdida la batalla, siente que el peso de la lona se aligera y ve a Chepa que la ayuda en la tarea.

—No tienes que hacer estas cosas sola —dice Chepa —puedes perder el equilibrio.

—Tranquila si puedo hacerlo, pero una manito de ayuda es bienvenida —dice riendo.

Ester y Chepa son amigas de toda la vida. Ambas llegaron juntas a la toma y se ayudaban mutuamente. Ester cuidaba la casucha que Chepa había levantado para asegurar el terreno, y Chepa la defendía cuando el marido llegaba borracho y violento. Pero dispar suerte corrieron sus vidas, mientras Ester encontró trabajo de empleada en la casa de una descendiente rusa, Chepa tuvo que moverse de un trabajo a otro, aprendiendo diversos oficios que forjaron una personalidad fuerte y despertaron un gran talento para los negocios. A pesar de las diferencias, la amistad se mantuvo.

—¿Cómo te va acá? —pregunta Chepa.

—Hay días buenos, y otros en los que no vendo nada.

—Te tengo un trabajo ¿quieres ganarte unas moneditas conmigo? —dice Chepa—. Podrías repartir almuer-

zos. Vas con Janito en la camioneta, allá arriba, al lado del Parque Araucano, se ubican en un estacionamiento y los oficinistas bajan a comprar. Los almuerzos los preparo en mi casa, los envaso en plumavit, con un trozo de pan, pebre y cubiertos plásticos. Tú solo tienes que pasar los almuerzos y recibir la plata. Nada más. ¿Te tinca?

—Yapo estaría bueno —dice Ester—. Acá tengo competencia. A veces vienen unas cabras jóvenes a vender tortillas. Y están todo el día con calor, frío o lluvia y tú sabes que con la humedad yo me puedo enfermar...

—Este lunes le diré a Janito que te pase a buscar temprano —dice Chepa—. Después pasan a retirar los almuerzos a mi casa y se van para allá arriba.

La noche anterior, Ester durmió muy poco. Estaba nerviosa por su nuevo trabajo. Siempre le pasaba lo mismo, desde niña la ansiedad le espantaba el sueño. Escucha la bocina y el ladrido del perro. Se asoma por la ventana y por la parte inferior de la reja tapiada de madera, ve la mitad de las ruedas de un auto. Se persigna antes de salir, Janito baja a saludarla, estaba gigante, tal como lo había descrito Chepa. Calcula que mide sobre el metro ochenta, era grueso de contextura sin llegar a ser gordo, el pelo rapado al costado y un pequeño tatuaje en su antebrazo. Vestía jeans, camisa ancha y zapatillas deportivas. Le da un cariñoso abrazo, mi niñito, le dice ella. Mucho tiempo sin verla madrina, dice él.

Se dirigen donde Chepa a cargar los almuerzos. Doscientas raciones ordenadas en columnas, tres menús diferentes y una bandeja de marraquetas cortadas en trozos, más otro montón de envases pequeños con pebre. Chepa le pasa una caja con los sets de cubiertos ya

armados: un tenedor una cuchilla plástica y envueltos en una servilleta todo guardado en una bolsa plástica.

—Si la gente te pide cubiertos les das... solo si te piden— le explica Chepa.

—Que eres apretada— dice Ester.

—Hay que ahorrar lo que más se pueda— le dice Chepa— y ya váyanse que se les hace tarde. Es tu primer día, no me puedes fallar y le cierra el ojo a su amiga.

Janito conduce la camioneta con los ojos puestos en el asfalto. Bordean el río Mapocho, basura, tierra y árboles secos al lado del camino.

—Qué quiere escuchar madrina— pregunta Janito— a mí me gusta el rock, pero si quiere puedo poner a Marco Antonio Solís, apuesto que le gusta, a mi mama le encanta, lo pone todas las mañanas, ya me aprendí todas las canciones.

—Pon lo que tú quieras no más, no te preocupes, mi niño— le dice Ester.

En la radio se escucha la voz del mexicano: *Yo te debo tanto / Tanto amor que ahora / Te regalo mi resignación...*

—¿Y cómo están sus hijos, madrina? el Juan Carlos y el más chico cómo se llamaba... a veces lo veo jugar a la pelota en las canchas del Islas Canarias

—Oscar, ese que juega a la pelota es el Oscarito, y Juan Carlos está bien, está estudiando en un instituto, Prevención de riesgo.

Era estudioso, en el colegio siempre le iba bien. En cambio, yo era más porro, nunca me gustó estudiar, yo quería trabajar y ganar plata. Es qué sabe tía a mí la verdad... me gusta la plata, me gusta comprar buena

ropa, un perfume rico, unas zapatillas pulentas... andar bien *tapizao*'.

—Está bien, si tú eres bueno para el trabajo, eso me dice tu mamá.

Janito se desvía del camino y se introduce a un laberinto de pasajes. Los perros siguen las ruedas de la camioneta mientras en cada esquina los pastabaseros buscan a quién pedir dinero. La camioneta detiene su motor. Algunos jóvenes corren y se pierden por los pasajes. Janito entra a una casa, sin golpear la puerta. Ester observa desde el espejo lateral como el cuerpo Janito se agita y escucha el ruido de cosas que caen al suelo y vasos que se quiebran. Siente miedo. Al rato aparece arreglándose el cuello de la camisa y guardando dinero en su billetera. Lo sigue un adolescente en short y polera.

—Madrina voy a llevar a mi amigo que tiene que hacer un trámite y después nos vamos para allá pa' arriba, le dice.

Siguen en el laberinto de pasajes aún sin pavimentar. Casas con rejas altas de madera, ladrillos y latas. Las construcciones dan la idea de una fortaleza impenetrable. Los espacios pequeños entre las rejas permiten que se asomen ojos escrutadores desde su interior. Ojos negros y manos asomadas. Janito estaciona y deja la llave puesta, el adolescente también baja y entran a una casa. No demora más de tres minutos y sale sin su acompañante y con un banano colgado de su hombro. Saluda con los dedos en forma de V a los hombres sentados en las bancas que están afuera de la casa y sube a la camioneta.

—Ya madrina, ahora nos vamos —dice— es que tenía que venir a buscar unas cosas donde un amigo.

—Es medio malo para acá—dice Ester, mirando por la ventana el mural de un joven muerto hace años, pero que se mantiene intacto. Deben haber respetado harto a ese cabro.

—Para acá es tranquilo madrina, son todos amigos míos. Si alguna vez la van a colgar o algo así, usted les dice que es familiar de Janito Arce y listo.

Cruzan el puente de Peterson, se meten por la Costanera y luego de un túnel eterno emergen de la oscuridad a la ciudad nueva, sembrada de edificios que reflejaban la luz del sol, incluso el río Mapocho se ve más atractivo. Estacionan a un costado del Parque Araucano.

Poco a poco comienzan a llegar los oficinistas preguntando el menú del día. El pollo con arroz se vende rápido, en cambio el vegetariano no tiene mucho éxito. Compran sus almuerzos y van al parque. Ester observa algunas mantas del picnic bajo el brazo y se alegra que puedan robarle algo de verde al concreto gris y frío. Ella recibe el dinero y entre los dos reparten los almuerzos. Después de un rato, el flujo de gente crece, se forma una fila de oficinistas uniformados. La mayoría de los hombres visten pantalón de tela oscura, camisa celeste y chaquetas de plumas. La dinámica continua así hasta que los almuerzos se acaban. Ordenan las bandejas, y Janito se aleja para hablar por teléfono. Ester cuenta el dinero, la recaudación era increíble para una jornada breve. Si bien sabe que Chepa se levanta a las cinco de la mañana para cocinar y que en las noches se acuesta tarde para dejar todo listo, le sorprende la cantidad de dinero que se puede obtener. Envidió a su amiga unos segundos, pero luego admite que la mujer es inteligente y trabaja-

dora como ninguna. Se encoge los hombros y se asoma por la reja a mirar los pastos del parque. A pesar de que la primavera recién se asoma y los días aún son fríos, mucha gente sobre mantas disfrutan de su almuerzo.

—Y madrina ¿le gustó la pega? — Le pregunta Janito cuando empalma avenida Kennedy por Manquehue para enfilar hacia la Costanera.

—Sí, la gente es muy amable, un par de jóvenes me dieron propina, se la voy a pasar a tu mamá

—No madrina ... no se preocupe si esa plata es para usted. Las propinas son suyas, usted se las gana.

Ester mira los últimos edificios antes de entrar en la oscuridad del túnel que pasa bajo el río y desemboca a los pies del Cerro Renca. Se duerme durante el trayecto. En el sueño siente el motor detenerse y escucha cerrar la cajuela. Alcanza a ver la mano de Janito guardando un objeto pequeño bajo su polera.

—Madrina espere acá un poco, tengo que hacer algo urgente —dice.

Ester aparenta dormir, pero se incorpora y mira por el retrovisor como Janito tira al suelo a un joven delgado, y luego pone una pistola en su cabeza mientras carga la rodilla en su espalda. Su corazón se detiene al ver la pistola y un frío desconocido recorre su cuello. Janito esconde la pistola bajo la camisa, levanta al joven y le da un último grito antes de verlo desaparecer por el laberinto de pasajes, corriendo como quien obtiene una nueva vida. Ester se acomoda en su asiento y simula mirar el celular, con las manos empapadas en sudor.

—Me quedé dormida —dice.

Janito no abre la boca hasta llegar donde Chepa. Ester se tranquiliza un poco, no quiere comentar la situación. Entrega el dinero y su amiga le paga con dos billetes de veinte mil pesos y le da las gracias. Ester por un momento olvida lo sucedido minutos antes. Cuarenta mil pesos es la mitad que le dan por su pensión de invalidez.

—Y ¿cómo estuvo la Ester? —le pregunta a Janito.

—Muy bien. No sobró ningún almuerzo, terminamos temprano— ya con el mismo tono de voz simpático y la cara risueña.

—Ya anda a dejar a la Ester a su casa —le ordena.

—No, no te preocupes si voy a pasar donde mi hermana —la interrumpió Ester. Vuelve a pensar en la pistola y una puntada helada le paraliza la espalda, aún puede ver el bulto bajo la camisa de Janito.

—Ya, pero mañana te pasará a buscar a la misma hora ¿ya? y hacemos lo mismo, se vienen para acá y guardamos todo

—Si no hay problema, mañana nos vemos.

Los días siguientes transcurren idénticos al primero. Janito pasa a buscar a Ester, luego cargan la camioneta con los almuerzos. A veces van directo a vender las colaciones y en otras oportunidades se desvían a los pasajes que bordean La Hondonada o en los blocks junto al río. Janito se baja, retira o entrega pequeños paquetes. Intercambia pocas palabras con los jóvenes, casi unos niños, apostados en las esquinas. Ester solo mira por la ventana haciendo vista gorda y evaluando en cada minuto, el sueldo y el estrés constante.

Durante semanas Ester vive conflictuada. Toda la

vida ha pretendido hacer lo correcto o hacer lo que le enseñaron era lo correcto. Sin embargo, ahora todo es brumoso, le cuesta distinguir los contornos del mundo real. Es evidente que Janito tiene sus negocios paralelos. Las visitas fugaces a los pasajes más peligrosos de la población no son normales, tampoco es normal la pistola haciendo un bulto bajo su camisa y menos la atención especial con algunos oficinistas. Pero se ve, así misma, haciendo fila a las seis de la mañana para conseguir una hora en el consultorio para la tos que le viene en los días fríos, o empujando el carro de supermercado para vender sopaipillas. Y luego se ve con plata en los bolsillos todos los días, se ve pagando como particular una consulta broncopulmonar. Se ve llegando a fin de mes con plata aún en su chauchera. Se ve olvidando la fecha de cobrar la pensión, porque ya no marcaba los días en el calendario, también ve a Janito poniéndole una pistola en la nuca a un joven que podía ser uno de hijos.

Una tarde Ester estaba guardando las cajas para irse mientras Janito hablaba por teléfono a un costado del parque. En eso un señor de edad se acerca a Ester.

—¿Le quedan almuerzos?

—No, ya no queda nada. Todo se acabó muy temprano.

El señor la mira y sonríe, duda entre irse o hablar con ella, después de unos segundos decide hablar.

—Sabe yo la veo siempre acá, desde que usted empezó a venir. Usted quizá no me reconoce, como ve tanta gente. Antes él, apuntó con el mentón Janito, venía con otro joven a trabajar. Era de los mismos, no sé qué pasó con él. A usted la veo diferente, usted es buena, tenga cuidado no la vayan a terminar metiendo en alguna tontera.

Ester lo miró en silencio y escondió la vista

—Bueno usted no es tonta. Si siente que me excedí le pido disculpas —le dice, y se va caminando hacia el semáforo que comenzaba a titilar.

Cuando descargaron las cosas, Ester entregó la recaudación del día y pidió quedarse un poco para ayudarle a Chepa a preparar las cosas para los menús del día siguiente. Janito levantó los hombros y le dijo que mañana pasaría por ella otra vez.

Ester no sabe de qué manera abordar el tema con su amiga. Puede delatar a Janito o darle las gracias por todo, y decirle que ya no puede seguir trabajando con ella. Quizá inventarle que le han ofrecido otro trabajo. Al final se decide por lo que ella cree que es lo correcto.

—Chepa, quería hablar contigo una cosa —le dice— Es un tema que me tiene preocupada. Júrame por lo más sagrado que no saldrá de acá.

—¿Qué pasó? —Chepa la miró con genuina preocupación en sus ojos.

—Se trata de Janito...

—¡Por la cresta!... este cabro hueón sigue con sus cosas.

—Anda en cosas peligrosas. Parece que también vende en el puesto de comida.

—No entiendo por qué, acá tiene buen trabajo y ganamos bien. Ahora grande nunca le ha faltado nada. Tú sabes que me saco la cresta por darle todo. Quizá son las amistades. Quizá esta población de mierda. Todos metidos en el vicio. Es como si un barro podrido nos tuviese atrapados e inmovilizados.

—Lo sé, estamos atrapados todos.

—Janito antes iba con otro gallo a entregar la comida. Era bien bueno para la pega, pero a veces fallaba y ya el último tiempo andaba muy metido en el vicio, andaba sucio, desarreglado, barbón, entonces no daba buena impresión allá arriba. Además, luego me enteré de que andaba haciendo movidas por allá. Así que lo eché y por eso te pedí que fueras con él. En parte porque te tengo confianza, pero además para ver si podías enrielar un poco Janito. Tú que lo conoces desde chico, has sido como una mamá, hasta le diste teta cuando me enfermé y no quería nada con él y lo único que quería era que se muriera.

—Tú eres su mamá, además qué puedo hacer yo.

—Tu eres diferente, tienes otro roce, pasaste toda tu vida trabajando para esa familia cuica. No tienes este barro en tus pies.

—Solo era la nana...

—Pero tú conocías a otras personas, otras realidades, otras comidas ¿te acuerdas cuando preparaste esa comida rusa? y nosotros acá a puras lentejas. Yo quiero que algo de eso toque a Janito, que le hables de los libros que le sacabas a tu patrón para leerlos en la micro. Quiero que le cuentes los viajes cuando te llevaban para el sur. O aquella vez que viajaste en avión a Buenos Aires para cuidar a los niños mientras tus patrones iban a recibir un premio. Yo nunca he viajado en avión. He estado toda la vida en esta población y mi hijo también, con los pies enterrados en el barro.

Ester ve en los ojos de su amiga un llamado urgente de ayuda. Una desesperación previa a la derrota. Sabe que las batallas más duras se dan con los hijos. Para

ellas, mujeres viejas, la moneda estaba lanzada hace muchos años, el resto era acomodarse a esa vida que les tocó. Sin embargo, los hijos siempre tienen la posibilidad de cambiarlo todo y acaso no eran más que eso cuando nacen: la esperanza de que puedan hacer un cambio. Piensa en sus hijos, no lo ha hecho tan mal: ambos profesionales, viviendo en sus propias casas con sus parejas, construyendo su propia vida. Se autoconvenció de que no lo había hecho mal después de todo y quizá sí podía ayudar a su amiga. Y entonces comprende que sí es diferente, no mejor, pero sí diferente. No pasó los últimos cuarenta años de su vida contaminándose con ese barro podrido que infecta todo.

* * *

Como todas las mañanas cargan los almuerzos en bandejas plásticas. Cuentan los cubiertos y procuran llevar un par más en caso de emergencia. Janito asegura la carga y limpia el parabrisas. Todo está listo para partir.

—Iré con ustedes para ayudarlos y ver como se mueve el negocio —dice Chepa a Janito —tú solo irás de chofer. Ester y yo nos dedicaremos a la venta.

Chepa observa a su hijo, le sonríe y le acaricia el brazo, enciende la radio de la camioneta y reproduce el CD de Marco Antonio Solís. Mira hacia el asiento trasero a Ester que le alza su pulgar izquierdo. Juntas corean las canciones del mexicano. Cruzando el puente de Peterson un auto blanco se detiene delante de la camioneta y un taxi por atrás. Jóvenes que Ester logra reconocer, bajan con pistolas en sus manos. Chepa

mira a Janito. En el río se escucha el graznido de las gaviotas interrumpido por el primer disparo.

—¡*Agrandao culiao!*—escucha Ester antes de desparar su cuerpo de mujer vieja sobre el asiento trasero, desde donde contempla los terrones de barro y mierda repartidos en el piso del vehículo. Hunde su rostro en el tapiz maloliente con la ilusa idea de protegerse.

Donde viven las nanas

—Hasta acá llegamos —dijo el capataz mirando el cielo oscuro a punto de romperse.

—Va a caer agüita —farfulló el hombre mientras amarraba el fierro estriado con alambre.

—Termina de armar ese pilar y guarda las herramientas —ordenó el capataz—. Hoy nos vamos temprano. Es peligroso trabajar bajo la lluvia.

Al mediodía marcó la tarjeta y salió de la obra. Llamó a su esposa, ella le pidió que pasara a la feria por frutas y verduras. Miró el cielo por largos segundos. En cualquier momento se rompe, pensó y se dirigió al paradero atiborrado de trabajadores. La micro lo dejó en la misma esquina donde comenzaba la feria. Se mezcló con la gente, compró papas y manzanas, y caminó rápido hacia el final. Él disfrutaba pasear por la cola de la feria y mirar los cachureos que ofrecían. En su mayoría los coleros eran personas de la tercera edad o minusválidos a quienes no les alcanzaba la pensión y debían ponerse creativos. Recorrió toda la feria, de principio a fin, en el último puesto, llegando al río, se encontró con la anciana.

El hombre miró los objetos puestos sin ningún orden, en la lona tirada sobre el asfalto. Saludó a la anciana que se refugiaba del viento en el fondo de la carpa y cuyos ojos brillaban como los de un animal escondido en una cueva. Después de observar por largos segundos cada objeto, el hombre preguntó por el valor de una caja de madera barnizada y con bordes dorados de algún metal que imitaba el oro. La anciana le respondió

que era costosa y que pocos podrían pagar por ella. La caja en su tapa tenía pintadas unas figuras egipcias, por dentro estaba forrada con una tela roja de gamuza y contenía un montón de hojas escritas a mano. La letra era ilegible, aunque después de un rato el hombre logró descifrar las vocales y algunas consonantes, con eso continuó leyendo y logró comprender una parte del contenido. Dedujo que esos textos hablaban sobre Egipto, momias y pirámides. La caja desprendía olor a viejo. Todo en su conjunto daba la impresión de un viaje en el tiempo.

La anciana que en todo momento siguió instalada en el fondo de la carpa, sentada en un banco de madera y bebiendo té, se acercó al hombre y le pidió la caja de madera.

—¿Usted no viene mucho? —dijo la mujer pues no reconoció su rostro.

—Sí, vengo seguido a la feria, pero nunca llego tan lejos.

—¿Le gusta la caja?

—Está bonita—dijo el hombre —, tiene un aura misteriosa ¿de dónde es?

—Si quiere le puedo contar la historia de la caja. Si le gusta se la lleva y me paga lo que usted estime conveniente. Le advierto que tengo el problema de que soy demasiado buena para hablar y que si me voy por las ramas usted me endereza, eso dicen mis hijos que alguien tiene siempre que enderezarme.

El hombre dudó, pero no tenía mucho que hacer durante la tarde y su esposa podía esperarlo como él la esperaba cuando iban juntos a la feria y se paseaba por todos los puestos buscando las verduras más bonitas y

baratas. El hombre se sentó junto a la anciana, le ofreció un té que aceptó gustoso. El té desprendía un dulce aroma a canela. Miró las nubes sobre el horizonte aún eran negras y brillaban cargadas de agua. Se alegró. Le gustaban los días así, en los que podía escaparse de la rutina mortal de ir de la cama al trabajo y viceversa.

—Cuénteme la historia —dijo el hombre.

Cuando era chica, comenzó la mujer, mis papas tuvieron muchos hijos, usted sabe cómo era la cosa antes. Éramos pobres, más pobres que ahora, imagínese, nos mandaban al colegio, aunque nunca llegábamos a los cursos más arriba, nos sacaban o nosotros no queríamos ir. Mi papá no quería hijos flojos en casa así que nos ponía a trabajar a todos. Yo de jovencita entré a trabajar, tenía más o menos quince años, cuando comencé a trabajar en la casa de un matrimonio de plata. Para nosotros cualquiera que tuviera un sueldo fijo y que no le faltaran las tres comidas diarias era alguien de plata. Don Alberto y la señora Marta tenían dos hijos pequeños y vivían en una casa grande en Peñaflor. Era una zona muy linda, como campo, muy diferente a la ciudad. Ahora creo que está igual de feo que Santiago, a mi hermano le robaron un auto por ahí el otro sábado. Como le iba contando mis patronos eran ambos profesores, ella de matemáticas y él de historia. Los dos sabían mucho. No le voy a decir que me hacían clases, pero cada cosa del día a día me servía como aprendizaje. Sin querer aprendí a leer, obligada para entender las recetas o recados que me dejaba la señora.

Había otra mujer que también trabajaba en la casa. Le decían Domi, ella era más vieja de lo que soy ahora.

Me acuerdo de que dormíamos en la misma pieza y me daba asco cuando dejaba su placa en el velador. Me contaba que trabajaba en la familia hace muchos años, había criado a mi patrón, había sido la empleada de sus papás. Cuando fallecieron, ella pasó a trabajar para el hijo. Ella se sentía como una cosa, como un mueble heredable. Al no tener más familia, lo lógico fue quedarse con ellos. La Domi murió a los pocos años de que yo llegara. Después de eso me quedé como la única empleada. El matrimonio tuvo más hijos y yo los ayudé a criarlos a todos.

Los primeros diez años trabajé puertas adentro, veía muy poco a mi familia. Pero ¿le digo la verdad? no me gustaba visitarlos, tanta pobreza me deprimía. Imagínese que yo era empleada, pero igual vivía en otro ambiente, otro barrio. Que tonta es una cuando es joven. Sentía que pertenecía a todo eso. Conocí el mar a los 17 años cuando me llevaron a Ventana, que en esos tiempos era una playa bonita, no la asquerosidad que es ahora. Ellos decían que esas eran mis vacaciones. Es cierto que estaba en la playa, es cierto que el viento rozaba mi cara, olía el mar y saboreaba la sal que se pegaba en mis labios, es cierto que también me compraban helados o pan de huevos. Pero esas no eran salidas de relajo, igual debía hacerme cargo de los niños, prepararles el almuerzo, llevarles desayuno a la cama y cuidarlos mientras ellos salían con amigos a disfrutar de las ferias artesanales o a tomar algún trago. Yo me acostaba cansada, pero el sonido del mar era lo que más disfrutaba, como se alejaba y luego retornaba golpeando con rabias el rompeolas. Así estuve varios años.

Después de un tiempo ya no trabajé puertas adentro.

Me iba para mi casa todas las noches y llegaba tempranito a mi trabajo. Era como lo mismo, pero ya no me quedaba con ellos durante las noches. Esto se debía a que la pieza que yo usaba, ahora la ocupaba la suegra de mi patrón, ella tenía una enfermedad rara que hacía que se encogiera y dolieran los huesos. Era sacrificado levantarme tan temprano, me daba miedo, usted sabe que por acá siempre ha sido peligroso. En esos años los hombres se volaban con neopreno. Era asqueroso verlos tan dejados y con esa bolsa que parecía caca pegada a sus caras, parecían caballos con un bozal de caca. Yo tenía miedo de que me asaltaran en el paradero. A pesar de esas situaciones, con este nuevo estilo de trabajo podía salir durante las tardes o tener, de verdad, un día libre a antes la semana. Gracias a eso conocí a mi marido, si no me hubiera quedado sola como la señora Domi. Antes de morir, me dijo: *debes tener una vida propia*.

Si está aburrido me avisa —dijo la anciana— al ver que el hombre miraba por reflejo el reloj, yo no tengo más que hacer y con este frío anda poca gente en la feria. El hombre intentó excusarse, pensó en su esposa y lo enojada que estaría, sin embargo, no podía parar de escuchar a la anciana. Su historia lo atraía como un imán, eran relatos familiares, ya que reconocía parte de la historia de su mamá, de sus tías y de otras mujeres de la población. “*Donde viven las nanas*” le había dicho el ingeniero que llegó a la faena cuando el hombre le contó que vivía en Cerro Navia.

Cuando murió la suegra de don Alberto, me pidieron que volviera a trabajar puertas adentro. Les dije que no, hace poco había tenido mi primer hijo, no tenía quién lo

cuidara, pero me dieron la posibilidad de llevarlo conmigo a la casa. Eso era muy complicado para mí. En resumen, me lo terminó criando mi mamá, que en paz descansa la viejita, no le bastó con criar tanto hijo. Me quedaba allá desde el lunes y por la tarde del sábado me iba donde mi mamá. Mire no le miento que me pagaban bien, me sirvió para tener mi casita, pero siento que perdí hartito con mi hijo, él ya pensaba que mi mamá era su mamá.

—¿Usted tiene hijos? le preguntó la mujer

—Sí, tengo dos —respondió el hombre— uno hace hasta lo imposible por ellos, quiere que tengan todo lo que uno no tuvo y por eso mismo trabajamos tanto que casi ni los vemos ¿la cosa tonta no?

—Qué le vamos a hacer —dijo la mujer— es lo que nos tocó. Pero usted quiere saber la historia de esa caja y yo le estoy contando la historia de mi vida. Es que en realidad es lo mismo.

En total trabajé cuarenta años en esa casa. Los niños crecieron y se fueron, solo quedaron don Alberto y la señora Marta. Aunque era menos trabajo, yo ya era más vieja, todo me comenzaba a costar el doble. Cuando ambos jubilaron, se comenzaron a quedar todo el día en casa leyendo o jardineando, no hacían otra cosa. Allá tenía que llevarles el té de la media tarde y esperar que dieran vuelta la página para poder interrumpirlos. Siempre fueron así bien cuadrados. La señora falleció poco después de jubilarse. Que tontería trabajar tanto y morir justo cuando ya puede descansar. Cáncer, eso era lo que tenía. Se atendió en las mejores clínicas, pero el cáncer tiene eso que a todos nos ataca de la misma forma, es bien democrático como se dice.

Cuando murió la señora, don Alberto se encerró en sí mismo, parecía ermitaño. Decidió contratar a una niña mucho más joven para que me ayudara. Con ella lidiamos con las rabetas del caballero. Se encerraba en el estudio con llave y leía todo el día, se obsesionó con las pirámides, las momias y todo eso. Escuchábamos por las noches el golpeteo de la máquina de escribir como dedos clavando una pared de concreto. El señor se paseaba huraño por la casa, solo en bata para el invierno o con camiseta y short para los veranos. Comía muy poco, y por lo mismo, teníamos poco trabajo. Sin embargo, nos preocupábamos de que no le pasara nada malo a don Alberto.

En esa época vivíamos los tres en la casa, pero yo me venía los fines de semana para estar con mi familia. La niña nueva se quedaba allí. Eran tan jovencita como yo cuando llegué. Venía de los interiores de Temuco. Vivía en una comunidad que tenía conflictos con las forestales, y la situación se había puesto muy peligrosa, por eso los papas la mandaron a trabajar a Santiago. La pobrecita se tenía que quedar sola con el viejo, cuando lo que ella merecía era disfrutar la juventud. Un día dejó de ir. No sé qué habrá sido de ella, espero que le haya ido bien y que haya estudiado.

Me quedé de nuevo sola con el señor. Un día hablé con el hijo, como lo crie de chiquitito tenía cierta confianza. Le dije que estaba preocupada por su papá, que ya no hacía cosas normales, que estaba muy raro, que se levantaba a medianoche a ordenar las cosas, lo encontraba siempre al alba esperando recibir los primeros rayos del sol y extendía la palma de la mano como

atrapándolos. Se subía sobre una silla en el patio como dirigiéndose a una multitud. No le dije que creía que estaba loco. Además, yo estaba vieja y no podía hacer fuerza o sujetarlo por si se caía. El hijo me dijo que contratarían a una enfermera para que lo cuidara. Así yo podría dedicarme a las cosas de la casa. También me habló de un supuesto que pasaría cuando muriera don Alberto, si quería irme con ellos. La empleada nueva no les gustaba porque quería el contrato y esas tonteras legales. Me dijo que las cosas no eran como antes, donde solo bastaba la confianza y el cariño.

Una noche el señor se paseaba por la casa, quejándose de un dolor que, según me decía, era porque sus súbditos lo habían envenenado. Que pronto transitaría el camino de los muertos, que necesitaba el libro. Que al morir quería que lo enterraran con todo, incluso conmigo, que así se enterraban a los faraones con sus esclavos. Me congelé y entendí todo, porque una es vieja pero no tonta ¿Y sabe qué hice? Llamé esa misma noche al hijo y le dije que me iba, que no volvería más. Un familiar me fue a buscar a la casa y nunca más vi a don Alberto.

—¿Y se trajo la caja? —le preguntó el hombre

—¡No! ¿cómo se le ocurre? Desde que me fui de la casa serán ya unos cinco años. Esta caja me llegó para el verano. Don Alberto había muerto y los hijos me mandaron la caja por correo, no se atrevieron a venir. Estas eran sus últimas órdenes. En el escrito dice que soy un *ushebti*, al parecer eran unas estatuillas egipcias que representaban a los sirvientes. Ellos eran enterrados con los faraones para seguir sirviéndoles en el más allá. Me ordenaba que al morir me enterraran junto a él, ya tenía

comprada una tumba para mí. Bueno, esa es la historia. Ahora si quiere esta caja, llévesela, se la regalo. La tenía siempre ahí por si alguien se interesaba en ella, pero andan todos tan apurados, nadie quiere escuchar.

El hombre llegó con la caja bajo su brazo. No escuchó los reclamos de su mujer, la saludó con un beso en la frente y tomó a su hijo pequeño en brazos. Se dirigió al patio, echó la caja al tambor y le prendió fuego. El niño se asustó, pero luego reía junto a su padre.

Índice

- 7** Nicolás Torres
- 19** Florencia
- 23** Hay un hombre solo en la Luna
- 33** La llamada
- 39** La vuelta de Santiago
- 45** Derechos formativos
- 55** Aquel año
- 67** Todo estará bien
- 73** Barro
- 87** Donde viven las nanas

Donde viven las nanas escrito por Abraham Zurita es el segundo título publicado en el marco de la Convocatoria de Colección Barrancas 2023 - 2024. Esta versión se publicó durante el mes de septiembre del 2024.

